

FUENTES

SAN ATANASIO: *VIDA DE SAN ANTONIO*

SEGUNDA PARTE: 1^{ERA} SECCIÓN: CAPÍTULOS 16-43¹

Exhortaciones a los monjes

La extensa exposición que comienza en este capítulo presentará los aspectos esenciales de la vida monástica cristiana. Y en ella se entremezclarán las enseñanzas del mismo Antonio y también ciertos conceptos de su biógrafo sobre la vida ascética. Esto se puede confirmar comparando los textos de esta sección de la VA con algunas de las obras de Atanasio.

Sin embargo, incluso aceptando esos agregados, por denominarlos de alguna forma, del obispo de Alejandría, es imposible negar la importancia “fundante” de las enseñanzas que se nos ofrecen en esta sección.

Ante todo, hay que señalar la **forma** de la instrucción: preguntas de los monjes, respuestas del santo *abba*. Esta es la base de la pedagogía monástica (VA § 16.1. 2). En el caso presente, al pedido seguirá una larga y muy amplia catequesis. Esta última forma pedagógica también la veremos ampliamente utilizada, sobre todo en el monacato cenobítico².

1 Para la introducción y los primeros capítulos de la VA ver *Cuadernos Monásticos* n. 220 (2022), pp. 59-162.

2 Ver, por ejemplo, la *Primera vida griega de san Pacomio*.

En seguida, hay que señalar el fundamento bíblico de la vida monástica cristiana: “Las Escrituras son suficientes...” (VA § 16.1). Esta es una característica decisiva del monacato primitivo, la cual se mantuvo siempre presente durante mucho tiempo, y que ha sido recuperada en nuestros días. No hay seguimiento de Cristo en la vida monástica sin *lectio divina*. Es más, en esta sección que ahora se inicia, en casi todos los capítulos se recurre, directa o indirectamente, a la palabra de Dios.

Otro aporte importante de la VA (§ 16.3-8): la meta hacia la cual vamos es la misma para quienquiera seguir al Señor Jesús: la vida eterna. Llamativamente varios siglos después, san Benito nos propondrá lo mismo en el *Prólogo* de su *Regla*. Y en ambos textos llama la atención la forma en que se nos propone: a) fugacidad de la vida presente, eternidad de la venidera; b) no dejarse abrumar por los esfuerzos que ahora debemos hacer.

Un detalle no menor de la VA es la afirmación incontrastable sobre la resurrección de los cuerpos, basada implícitamente en la enseñanza de san Pablo en su *Primera carta a los Corintios*, capítulo quince.

TEXTO

16.1. Un día, cuando él salió, todos los monjes fueron hacia él queriendo escuchar una palabra suya. Les habló así en lengua copta³: «Las Escrituras son suficientes para la enseñanza, pero es bueno exhortarnos unos a otros en la fe y animarnos con las palabras.»

16.1. Un día salió, y todos los monjes fueron para rogarle (poder) oír una conferencia (o: discurso) de él. A ellos les dijo, en la lengua de los egipcios, estas cosas: “Ciertamente las Escrituras son idóneas para la enseñanza; pero nosotros consideramos que es un bien exhortarnos recíprocamente en la fe y ungir los ánimos con sermones (o: palabras)”.

3 Lit.: egipcia. Antonio muy probablemente hablaba únicamente el copto, y necesitaba un traductor cuando dialogaba con los griegos (VA §§ 74.2; 77.1). Paladio, en la HL (cap. 21) dice que el monje Cronios ejercía esa función: “... He actuado de intérprete en todas estas conversaciones porque el bienaventurado Antonio no conoce el griego...” (cf. SCH 400, p. 177, nota 4).

16.1-5. Cierta día, como los hermanos congregados le rogasen que les diera preceptos instructivos, exaltando con profética confianza decía que las Escrituras ciertamente podían bastar para toda práctica de los mandamientos, pero que sería óptimo también si los hermanos se consolaran entre sí con palabras mutuas.

16.2. Y por tanto ustedes, como hijos, traigan y digan a su padre, lo que saben; y yo, ya que soy mayor en edad que ustedes, les comunicaré lo que sé y he experimentado.

16.2. Y ustedes, como hijos, tráiganme, como padre, lo que saben y díganlo. Yo, que soy mayor en edad que ustedes, lo que sé y lo que he experimentado, se los comunicaré.

16.5-7. “Y entonces ustedes, decía, cuéntenme como a un padre lo que han llegado a conocer, y yo les indicaré como a hijos lo que he alcanzado por la avanzada edad”.

16.3. Nuestro esfuerzo común ha de ser éste: no ceder un poco después de haber comenzado, ni perder el ánimo en los esfuerzos, ni decir: “Llevamos mucho tiempo practicando la ascesis”; antes bien, cada día, como si comenzáramos, aumentemos nuestro fervor.

16.3. Pero sea principalmente común esfuerzo para todos nosotros esto: no relajarnos después que hemos comenzado, ni desfallecer en los trabajos, ni tampoco decir: “Hace mucho tiempo que nos esforzamos en la ascesis (*religionem*)”, sino que más bien cada día aumentemos la prontitud de nuestra voluntad como iniciados.

16.7-9. Pero que este sea el primer mandamiento para todos en común, que nadie flaquee en el vigor del propósito abrazado, sino que siempre debe aumentar como un principiante lo que ha comenzado...

16.4. Porque toda la vida humana es muy breve comparada con los siglos futuros, de manera que también todo nuestro tiempo es nada si pensamos en la vida eterna.

16.4. Toda la vida humana es sumamente brevísima en comparación con los siglos futuros que vendrán; así que todo nuestro tiempo es nada si recordamos la vida eterna.

16.10-11. ... “especialmente porque los tiempos de la vida humana son muy cortos comparados con la eternidad”.

16.5. Todas las cosas se venden a un precio justo en este mundo y se cambian por otras de igual valor, pero la promesa de la vida eterna⁴ se compra a un precio bajísimo.

16.5. Y todas las cosas se venden a un precio justo, pero la promesa de la vida eterna se ofrece a un precio bajísimo.

16.12-15. Habiendo comenzado así, hizo un breve silencio. Y, admirado de la excesiva generosidad de Dios, añadió a su vez diciendo: “En esta vida presente hay precios proporcionados para el intercambio de productos, y no recibe más quien vende que quien compra. Mas la promesa de la vida sempiterna se compra por un precio exiguo”.

16.6. Porque está escrito: Los días de nuestra vida son setenta años y, si se es fuerte, ochenta; y la mayor parte de esos años, son fatiga y dolor⁵.

16.6. En efecto, está escrito: “Los días de nuestra vida son setenta años; pero si, se es fuerte, ochenta; y la mayor parte de ellos son trabajo y dolor”.

16.15-17. En efecto, está escrito: “Los días de nuestra vida son setenta años, a lo mucho ochenta. Todo lo que resta es trabajo y dolor”.

16.7. Por lo tanto, si perseveramos en la ascesis durante todos estos ochenta, o incluso cien años, no reinaremos por un periodo igual a estos cien años, sino que en lugar de cien años reinaremos por los siglos de los siglos.

16.7. Pero si perseveramos en la ascesis cristiana por ochenta, o hasta cien años, ¿acaso no reinaremos por un tiempo igual al de los años de nuestra ascesis?

4 Cf. 1 Tm 4,8.

5 O: trabajo (*ponos*). Sal 89 (90),10.

16.17-19. Luego, ya que habremos vivido trabajando ochenta o cien años, como mucho, en la obra de Dios, reinaremos por un tiempo no igual en el futuro.

16.8. Después de luchar sobre la tierra, no obtendremos la heredad en la tierra, sino que tenemos nuestras promesas en los cielos. Cuando dejemos este cuerpo corruptible, recibiremos uno incorruptible⁶.

16.8. Por cien años reinaremos por los siglos de los siglos, y habiendo luchado en la tierra, no tendremos en ella (nuestra) heredad, sino que tendremos la promesa en los cielos. Deponiendo el cuerpo destinado a la corrupción, recibiremos uno incorruptible.

16.19-22. Por los años ya dichos se nos otorgarán los reinados de todos los siglos: no heredaremos la tierra, sino el cielo. Abandonando también el cuerpo corrupto, lo recibiremos con incorrupción.

No pensemos en realizar grandes proezas

El tema iniciado en el precedente desarrollo es retomado y precisado en esta sección. Se insiste en la desigualdad entre los esfuerzos del presente y la recompensa futura.

Este tópico se fundamenta en el Evangelio: dejarlo todo para recibir cien veces más (cf. Mt 19,29; Mc 10,30; Lc 18,30). Pero también posee ecos en varias otras temáticas de idéntica raigambre evangélica: el tesoro verdadero (cf. Mt 6,19-20; Lc 12,33-34); no se puede servir a dos señores al mismo tiempo (cf. Mt 6,34; Lc 16,13); las parábolas del tesoro y la perla (cf. Mt 13,44-46). Igualmente debe destacarse que la diferencia entre lo que se deja y lo que se recibe en los cielos, lo hallamos con bastante frecuencia en la tradición patrística⁷.

Antonio alude asimismo a su propia renuncia, indicando que el dejar los propios bienes no debe producir ni orgullo ni *acedia* (tristeza o abatimiento).

6 Cf. 1 Co 15,42.

7 Cf. algunos ejemplos enumerados en la nota 1 de SCh 400, p. 183.

Notar aquí el uso de esta palabra que pasará luego a ser patrimonio del monacato primitivo.

La literatura sapiencial de la Sagrada Escritura le provee otro tópico importante: si no dejamos los bienes por virtud, igualmente los perderemos en el final de nuestros días. El recurso a este género de textos bíblicos será importante en la literatura monástica de los primeros siglos.

El deseo de poseer debe transformarse, para quienes quieren seguir a Jesucristo, en un sincero anhelo por adquirir las virtudes. La VA enumera algunas de ellas, dando así inicio a las listas que veremos comparecer tantas veces, hasta llegar al capítulo cuarto de la *Regla* de san Benito.

En la presente lista, aunque haya semejanzas innegables con otros elencos procedentes de la filosofía platónica o estoica⁸, su fundamento debe buscarse ante todo en la Sagrada Escritura, lo señalo indicando algunas referencias de este ámbito:

- prudencia (cf., p. ej., *Proverbios*; y Mt 7,24; 24,45);
- castidad (cf. Mt 19,10-12);
- justicia (cf. Mt 5,10; 1 P 3,14);
- fortaleza, don del Espíritu Santo (cf. Is 11,2);
- inteligencia (cf. 1 Co 12,8);
- caridad (cf. Mc 12,28-34; 1 Jn 4,7 ss.);
- amor a los pobres (cf. Mt 25,31 ss.; Lc 4,18; Is 61,1-2);
- fe en Cristo (cf. Jn 11,25-27);
- mansedumbre (cf. Ga 5,23);
- hospitalidad (cf. Mt 25,31 ss.; Lc 24,29; Gn 18,1 ss.).

Estas virtudes son las que nos precederán y nos recibirán en la “tierra de los dulces”, o de los mansos, o humildes (cf. Is 57,13).

8 Cf. SCh 400, p. 183, nota 3.

17.1. Por tanto, hijos, no perdamos el ánimo⁹, ni creamos que tenemos que perseverar durante mucho tiempo ni que hacemos algo grande; porque los padecimientos del tiempo presente no tienen parangón con la gloria que se manifestará en nosotros¹⁰.

17.1. Por tanto, hijos, no desfallezcamos, ni consideremos que tendremos que sufrir por largo tiempo, o que hacemos algo grande. “Porque los sufrimientos de este tiempo no son dignos del resplandor futuro que se deberá revelar en nosotros”.

17.1-3. Entonces, hijitos, que no los canse el tedio ni los seduzca la ambición de vanagloria. “En efecto, los sufrimientos de este siglo no son proporcionados a la gloria venidera que será revelada en nosotros”.

17.2. Ni mirando al mundo pensemos que hemos renunciado a grandes bienes; puesto que también toda la tierra es pequeñísima en comparación con todo el cielo.

17.2. Ni mirando el mundo, pensemos haber renunciado a grandes o a muchas cosas. Puesto que toda esta tierra es ínfima en comparación con todo el cielo.

17.35. Nadie piense, al contemplar el mundo, que ha abandonado cosas inmensas, porque toda la tierra, comparada con lo infinito de los cielos, es limitada y pequeña.

17.3. Si fuéramos dueños de toda la tierra y renunciáramos a toda ella, nada de esto tendría parangón con el Reino de los cielos. Como si, en efecto, uno desprecia una dracma de bronce para ganar cien dracmas de oro, así quien es dueño de toda la tierra y renuncia a ella, pierde poco y recibe cien veces más¹¹.

9 O: cansemos; o: fatiguemos (*ekakkeo*). Cf. Ga 6,9.

10 Cf. Rm 8,18.

11 Cf. Mt 19,29.

17.3. Por consiguiente, si fuéramos dueños de toda la tierra, y renunciáramos a toda la tierra, nada a lo cual hubiéramos renunciado sería condigno con el reino de los cielos. Del mismo modo que alguien desprecia una dracma de bronce para ganar cien dracmas de oro, si alguien es dueño de toda la tierra y renuncia a ella, pierde poco y recibe el ciento por uno.

17.10-13. Así como alguien desprecia una dracma de bronce para ganarse cien dracmas de oro, así también el que abandona el dominio de todo el mundo recibirá cien veces de los mejores premios en la morada celestial¹².

17.4. Si la tierra entera no tiene parangón con los cielos, el que abandona unas pocas aruras (de tierra), se puede decir que no pierde nada, y si abandona su casa o una gran cantidad de oro, no debe gloriarse ni entristecerse.

17.4. Si toda la tierra no es digna del cielo, entonces si alguien deja pocas aruras, o la casa, u oro, nada de valor deja, y renunciando a ello no debe gloriarse ni entristecerse (*acediarse*).

17.5-10. Luego, si ni renunciando al orbe entero podemos retribuir algo digno de los habitáculos celestiales, considere cada uno, y al punto entenderá, que, despreciadas unas pequeñas aruras y paredes o una módica cantidad de oro, no debe gloriarse como si hubiera despedido grandes cosas ni debe fastidiarse como si fuese a recibir cosas pequeñas.

17.5. Y, sobre todo, debemos considerar que, si no dejamos los bienes por nuestra virtud, los dejaremos después al morir incluso a aquellos que no deseamos, como recuerda el *Eclesiastés*¹³.

12 En esta parte la versión latina de Evagrio tiene un orden diverso, el texto original dice: “Luego, si ni renunciando al orbe entero podemos retribuir algo digno de los habitáculos celestiales, considere cada uno, y al punto entenderá, que, despreciadas unas pequeñas aruras y paredes o una módica cantidad de oro, no debe gloriarse como si hubiera despedido grandes cosas ni debe fastidiarse como si fuese a recibir cosas pequeñas. En efecto, así como alguien desprecia una dracma de bronce para ganarse cien dracmas de oro, así también el que abandona el dominio de todo el mundo recibirá cien veces de los mejores premios en la morada celestial”. En nuestro texto se ha procedido a acomodarlo según el original griego, para que resalte con mayor claridad el procedimiento del traductor.

13 Cf. Qo 2,18-19; 4,8; 6,2.

17.5. También debemos recordar que, si no dejamos las riquezas por causa de la virtud del alma que es conforme al Señor, después, al morir, tal vez las dejaremos a quienes no queremos, como recuerda el *Eclesiastés* diciendo: “¿Y para quién reúno riquezas y trabajando consumo mi alma para dejarlas al que estará después de mí? ¿Y quién sabe si será sabio o necio?”.

17.13-16. Por último, debemos observar que, aunque queramos retener nuestras riquezas, seremos arrebatados de ellas por la ley de la muerte contra nuestra voluntad, como está escrito en el libro del Eclesiastés.

17.6. ¿Por qué no las abandonamos por amor a la virtud para recibir en heredad el Reino? Por eso, que ninguno de nosotros se deje dominar por el deseo de tener. ¿Qué se gana al poseer lo que no podemos llevar con nosotros?

17.6. ¿Por qué, entonces, no las abandonamos por la virtud de la religión para (heredar) el reino de los cielos? Por eso, que ninguno de nosotros tenga concupiscencia por poseer. ¿Qué se gana con poseer esas cosas que no podemos llevar con nosotros?

17.16-19. ¿Por qué, entonces, no hacemos de la necesidad virtud? ¿Por qué, para ganar los reinos celestiales, no abandonamos voluntariamente lo que deberá perderse al final de esta luz? No se preocupen los monjes para nada de las cosas que no pueden llevarse consigo.

17.7. ¿Por qué no adquirimos mejor lo que podemos llevarnos con nosotros: la prudencia, la castidad, la justicia, la fortaleza, la inteligencia, la caridad, el amor hacia los pobres, la fe en Cristo, la mansedumbre¹⁴, la hospitalidad? Adquiriendo estos bienes, los encontraremos ante nosotros allí (donde) nos darán hospitalidad en la tierra de los mansos¹⁵.

17.7. ¿Qué podemos llevar con nosotros? La castidad, la prudencia, la justicia, la fortaleza, la inteligencia, la caridad, el amor de los pobres, la fe en Cristo, la paciencia sin ira, la hospitalidad. Porque si poseemos estas virtudes, las encontraremos allí, haciéndonos huéspedes en la tierra de los mansos.

14 O: ausencia de cólera (*aorgesia*).

15 O: dulces, humildes (*praos*); cf. Sal 36 (37),11; Mt 5,4.

17.19-24. Antes bien, debemos intentar obtener aquello que nos conduce al cielo, a saber: la sabiduría, la castidad, la justicia, la virtud, una conciencia siempre vigilante, el cuidado de los pobres, una fe robusta en Cristo, un ánimo vencedor de la ira, la hospitalidad. Buscando estas cosas, según el Evangelio, nos prepararemos una habitación en la tierra de los mansos.

Es necesario perseverar

Tres exhortaciones, basadas en la palabra de la Sagrada Escritura, nos ofrece el siguiente párrafo. Todas ellas apuntan en la misma dirección: evitar la negligencia, peligrosa tentación de la vida monástica que nos invita a medir los esfuerzos que realizamos y pensar que ya hicimos lo necesario.

Para evitar esa tentación Antonio propone algunas “memorias – ejemplos”. Dos son evangélicos:

1. El servidor que aun, regresando cansado de sus labores, debe servir a su señor;
2. Judas, que, habiendo sido elegido por Jesús, y acompañándolo en su vida terrena, se apartó de él y lo entregó en manos de sus enemigos.
3. El tercero está tomado del profeta Ezequiel, y se puede sintetizar en la afirmación siguiente: *Morirá por su propio pecado y no le serán tenidas en cuenta sus obras de justicia* (Ez 3,20).

La perseverancia, que no mide el tiempo, es una exigencia central para la vida cristiana, y por lógica consecuencia para la vida monástica.

18.1. Así también, que cada uno se decida a no ser negligente, especialmente pensando que es siervo del Señor y que debe servir al Señor¹⁶.

16 Lit.: a su dueño.

18.1. Y así, por esto, cada uno se persuada para no desfallecer, sobre todo si considera ser siervo del Señor, con la obligación de servir al Señor.

18.1-2. Consideremos que somos esclavos del Señor y que debemos servidumbre a Aquel por quien fuimos creados.

18.2. Entonces, como el siervo no se atreve a decir: “Porque ayer trabajé, hoy no trabajo”, ni calcula el tiempo pasado para dejar de trabajar en los días siguientes, sino que cada día, como está escrito en el Evangelio, da muestras de su buena disposición para agradar a su señor¹⁷ y no correr riesgos; del mismo modo, nosotros cada día debemos perseverar en la ascesis, sabiendo que si nos descuidamos un solo día, el Señor no será indulgente a causa del tiempo pasado, sino que se enojará con nosotros a causa de nuestra negligencia.

18.2. Del mismo modo, en efecto, que un siervo no osa decir: “Porque ayer trabajé, hoy no trabajo”, ni calculando el tiempo transcurrido, puede reposar en los días futuros, de modo que no trabaja, sino que cotidianamente, como está escrito en el Evangelio, muestra la misma pronta voluntad para agradar al Señor, así cada día (nosotros) en el esfuerzo ascético, sabiendo que si por un día lo descuidamos, (el Señor) no se mostrará indulgente por causa del tiempo pasado, sino que actuará contra nosotros por nuestra negligencia.

18.2-9. En efecto, como el esclavo que sirve por una gracia del pasado no desprecia la dominación presente o futura, ni se atreve a afirmar que por la fatiga terminada de un trabajo momentáneo deba obtener la libertad sino que, en afán constante, como está escrito en el Evangelio, sostiene siempre la misma servidumbre, de modo que pueda complacer a su señor y se ahorre el miedo y los golpes, así también para nosotros es adecuado obedecer los preceptos divinos, sabiendo que aquel Remunerador justo juzgará en aquello en que a cada uno encuentre.

18.3. Así hemos oído decir en (el libro de) Ezequiel¹⁸. También Judas por una noche perdió las fatigas del tiempo pasado¹⁹.

17 Cf. Lc 12,35-47; 17,7-10; 1 Co 7,32; 1 Ts 4,1.

18 Cf. Ez 3,20; 18,24; 33,12-13. 18.

19 Cf. Mt 26,47; Mc 14,43; Lc 22,47; Jn 13,30; 18,3.

18.3. Porque así oímos hablar al Señor en el (libro) del profeta Ezequiel: “Si el justo abandona su justicia, y hace lo que es malo, vivo yo²⁰, dice el Señor, que no recordaré su justicia, sino que en eso que hizo, en eso morirá”. Así también Judas, por causa de una noche perdió el tiempo transcurrido en las fatigas.

18.9-11. Y esto es atestiguado por la voz profética de Ezequiel. Pues también el desdichado Judas fue privado de todo su trabajo del tiempo pasado por la impiedad de una sola noche.

Vivir cada día como si fuéramos a morir

La *Regla* de san Benito, haciéndose eco de esta sección de la VA, y de toda la tradición previa del monacato cristiano, dice: “Tener la muerte presente ante los ojos cada día” (RB 4,47).

El presente texto comienza recordando que la obra ascética es posible únicamente con la ayuda del Señor; y basa dicha afirmación en un texto de la *Carta a los Romanos*, aunque no citándolo de forma literal, sino adaptándolo.

Luego, vuelve al tema tratado en el párrafo anterior sobre la negligencia, ofreciendo ahora una nueva medicina contra ella: tener ante los ojos que hoy puede ser el último día de nuestra existencia terrena. Previamente se habló de no medir el esfuerzo, ahora de vivir cada día como si fuera el último.

Además, la certeza de nuestra precariedad es de gran ayuda en la lucha contra el pecado que se presenta de diversas formas, como ya antes se había dicho (cf. VA 7):

- deseo de tener bienes terrenos u otro tipo de posesiones;
- resentimiento;
- desear de mala forma a una mujer (el texto ha sido escrito por un varón; pero la alusión es evangélica: Mt 5,27);

20 Cf. Nm 14,28 (por mi vida); Is 49,18 (por mi vida!); Rm 14,11 (Vita, p. 210,14).

- atracción hacia los placeres impuros.

En el final del capítulo, la VA resalta el temor del juicio y de los tormentos como importante ayuda para el alma vacilante, o que se inclina hacia “la dulzura de los placeres”. También se encontrará este argumento en la literatura monástica posterior, aplicado de idéntica forma (cf. RB 4,44-45).

19.1. Por tanto, hijos, dediquémonos a la ascesis y no desfallezcamos²¹. Porque en esto tenemos al Señor como colaborador, como está escrito: *Con todo el que elige el bien, Dios coopera con él para el bien*²².

19.1. Adhirámonos, por tanto, hijos, al esfuerzo deífico, y no nos acomodemos. Porque tenemos en esto al Señor que nos ayuda, como está escrito: “Dios coopera en el bien con todo aquel que quiere el bien”.

19.1-3. Por esto debe mantenerse un continuo rigor en el modo de vida, teniendo como auxiliador al Señor, como está escrito: “Dios mismo coopera con todo el que practica el bien”.

19.2. Para no ser negligentes (es) bueno meditar las palabras del Apóstol: *Muero cada día*²³. Puesto que si también vivimos cada día como si fuéramos a morir, no pecaremos.

19.2. Pero para no desfallecer es bueno meditar en la sentencia del Apóstol que dice: “Muero cada día”. Puesto que si también nosotros vivimos cada día como si debiéramos morir (lit.: como murientes), no pecaremos.

19.3-6. Y para aplastar la indolencia repitamos los preceptos del Apóstol por los cuales él declaraba que moría cada día. De modo semejante nosotros tampoco pecaremos si repasamos la precaria vida de la condición humana.

21 Cf. Ga 6,9.

22 Cf. Rm 8,28.

23 1 Co 15,31.

19.3. Esto significa que cada día, cuando nos levantemos, debemos pensar que no vamos a llegar al atardecer, y de nuevo, cuando nos vayamos a dormir, pensemos que no despertaremos; nuestra vida es incierta por naturaleza, y cada día es medido por la Providencia.

19.3. Este es el significado de aquel dicho: Al levantarnos cada día pensemos que no llegaremos hasta vísperas; y de nuevo, cuando comenzamos a dormir, consideremos que no podremos levantarnos por la mañana. [Y con verdad].

19.6-9. En efecto, si cuando nos despertamos del sueño dudamos de llegar al atardecer y cuando entregamos nuestros cuerpos al descanso no confiamos en la llegada del día, comprendemos, recordando la naturaleza y la vida incierta, que somos guiados por la providencia de Dios.

19.4. Si estamos dispuestos y cada día vivimos así, no pecaremos ni tendremos deseo de alguna cosa, ni guardaremos rencor, ni amontonaremos tesoros en la tierra²⁴, sino que como esperando cada día morir, permaneceremos sin ninguna posesión y en toda ocasión perdonaremos a todos²⁵.

19.4. Nuestra vida es incierta por naturaleza, por lo que cada día es contado por la providencia de Dios. Por consiguiente, si así nos disponemos y en tal condición vivimos cada día, no pecaremos, no tendremos deseo de ninguna cosa, no podremos enojarnos con nadie, no atesoraremos para nosotros sobre la tierra, sino que, como esperando morir cada día, permaneceremos sin ninguna posesión y a todos, y en todo lugar, perdonaremos.

19.9-13. No solo no delinquiremos ni seremos raptados por algún frágil deseo, sino que ni siquiera nos enfadaremos contra alguien ni ambicionaremos reunir tesoros terrenales. Antes bien, con el temor del retiro cotidiano y la expectativa de separar el yugo del cuerpo, aplastaremos todo lo caduco.

19.5. No tendremos en absoluto deseo de una mujer ni de otro placer impuro, sino que nos retiraremos como de cosas pasajeras, luchando siempre

24 Cf. Mt 6,19.

25 O: perdonaremos todo a todos.

y teniendo presente el día del juicio. Porque un temor grandísimo y el miedo de los tormentos eliminan la dulzura del placer y enderezan el alma vacilante²⁶.

19.5. No tendremos concupiscencia de mujer ni ningún otro deseo sórdido, luchando siempre y teniendo ante los ojos el día del juicio. Porque el enorme temor y el recuerdo de los tormentos disuelven la delicadeza de los placeres y estimulan al alma que ya se inclina (al pecado).

19.13-18. Cesará el enamoramiento de las mujeres, se extinguirá el incendio del deseo libidinoso, nos perdonaremos nuestras deudas entre nosotros, teniendo siempre ante los ojos la llegada de la retribución última, porque el mayor miedo y el horrendo temor de las penas disuelve los estímulos de la lasciva carne y a la vez sostiene el alma que se precipitaría como desde una roca.

Sobre el alma y la virtud

Una exigencia fundamental del seguimiento de Cristo en el monacato es no mirar hacia atrás. La misma está en relación directa con lo expuesto en los capítulos precedentes. Volver atrás es considerar demasiado exigente la práctica de la virtud y dudar de la ayuda del Señor para alcanzarla.

Es en este contexto que la VA nos plantea un tema clave del monacato cristiano: recuperar la conciencia de la inhabitación en nuestro interior, en nuestro corazón, de la fuerza del Espíritu Santo. El monje no busca fuera de sí mismo, sino en su alma la virtud, la acción bienhechora de la gracia de Dios. Y Atanasio apoya esta afirmación en el Evangelio: *el reino de los cielos está dentro nuestro* (Lc 17,21). Este pasaje de Lucas no tiene paralelo en los restantes evangelios. Y además Atanasio lee “de los cielos”, en vez “de Dios”, que es la forma correcta del texto. Pareciera que estamos ante una variante no atestiguada por los manuscritos. A ello se debe agregar que las actuales versiones suelen traducir: “entre ustedes”. Por ejemplo, la TOB, señala que la forma: “dentro de ustedes”, tiene el inconveniente de hacer del Reino de Dios una realidad íntima. Mientras que para Jesús mismo

26 O: levantan el alma que se inclina (se desvía).

“ese Reino que concierne a todo el pueblo de Dios está *presente* de hecho en su acción salvífica (cf. Lc 11,20). Está *al alcance de ustedes*”²⁷.

Ni Atanasio ni los primeros monjes consideraban el Reino de Dios o de los cielos una realidad íntima, pero sí tenían muy claro que su realización se producía en la libre determinación de cada ser humano.

Con una clara influencia estoica, Atanasio sostiene que la virtud está en nosotros y nace, se hace presente, por así decirlo, cuando el alma se mantiene en su estado natural. Sin embargo, en la VA está concepción aparece claramente evangelizada cuando se dice que ese estado natural consiste en mantener el alma tal como ha sido creada: hermosa y recta. Para esto necesita de la ayuda de la gracia que Cristo nos ha regalado. Se trata de mantener bien cuidado el depósito recibido. El pecado lo ha desviado de su verdadera finalidad: conservarlo para el Señor. Afirmación que se apoya sobre un texto paulino: *Conserva el buen depósito mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros* (2 Tm 1,14).

El monje/la monja deben abrir su alma, su corazón, a la acción de la gracia, del Espíritu Santo, para que se desarrolle en ellos/as la virtud, que pone freno al pecado. Así, el Señor reconocerá su obra, “el alma, tal como Él la hizo”.

Dos aspectos importantes a tener en cuenta: aun cuando en la VA puedan aparecer sustratos de origen filosófico, siempre la base de cada tema, cada acción, cada situación es ante todo evangélica, bíblica. Y, en segundo término: aunque la perspectiva de los Padres griegos sea diversa de la de los latinos, nunca falta en los primeros el acento sobre la gracia. Ésta suele ser llamada en diversas formas, pero siempre es por obra de la gracia que el ser humano puede responder a la salvación ofrecida por Jesucristo.

20.1. Una vez que hemos comenzado y emprendido el camino de la virtud, esforcémonos más por alcanzarla²⁸; y que nadie se vuelva hacia atrás como la mujer de Lot²⁹, sobre todo porque el Señor ha dicho: *Nadie que pone*

27 TOB NT, p. 254, nota j.

28 Cf. Flp 3,13. 16.

29 Cf. Gn 19,26.

*su mano en el arado y se vuelve hacia atrás, es apto para el Reino de los cielos*³⁰.

20.1. Y así, comenzando y ya establecidos en el camino de la virtud deífica, extendamos aún más para que lleguemos; y nadie se dé vuelta hacia atrás, como la mujer de Lot, sobre todo porque el Señor ha dicho: “Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto (lit.: recto) para el reino de los cielos.

20.1-4. Por eso ruego que tendamos al fin de nuestro propósito con todo esfuerzo. Nadie imite a la esposa de Lot mirando sobre su espalda, especialmente porque el Señor dijo que “nadie que ponga su mano sobre el arado y mire hacia atrás es digno del Reino de los Cielos”.

20.2. Volverse atrás no es otra cosa que arrepentirse y pensar de nuevo en las cosas mundanas. No tengan miedo al oír hablar sobre la virtud ni los sorprenda su nombre.

20.2. Darse vuelta hacia atrás no es otra cosa sino arrepentirse, y mirar otra vez hacia atrás, (para) conocer de nuevo las cosas mundanas. En cambio, no teman al oír hablar sobre la virtud, ni se atemoricen de su nombre.

20.4-6. Pues “mirar hacia atrás” no es otra cosa que arrepentirse de lo comenzado y atarse de nuevo a los deseos mundanos. Por favor, no se espanten ante el nombre de “virtud” como algo imposible.

20.3. Porque no está lejos de nosotros³¹, ni es algo que se encuentra fuera de nosotros; la obra está dentro de nosotros y es fácil llevarla a cabo solo con que queramos.

20.3a. Porque no está lejos de nosotros, ni es una cosa que está establecida fuera de nosotros, sino que la obra está dentro de nosotros, y esta es una cosa fácil, si queremos.

30 Lc 9,62; cf. 17,32.

31 Cf. Dt 30,11.

20.6-10. Ni les parezca ajeno o muy distante este afán que depende de nuestro libre albedrío; la naturaleza de este trabajo está inserta en el hombre y es algo tal que solo espera por nuestra voluntad.

20.4. Los griegos abandonan su patria y atraviesan el mar³² para aprender las letras; nosotros, en cambio, no tenemos necesidad de viajar para alcanzar el Reino de los cielos ni de atravesar el mar para alcanzar la virtud. Puesto que el Señor se anticipó y dijo: *El Reino de los cielos está dentro de ustedes*³³.

20.3b. Puesto que los griegos, a los que llamamos paganos, van lejos, atraviesan el mar, para aprender las letras.

20.4. Pero nosotros no tenemos que hacer una peregrinación por el Reino de los cielos ni atravesar el mar, (porque) la obra está en nosotros. El Señor se nos anticipó diciendo: “El Reino de los cielos está dentro de ustedes”.

20.11-14. ¡Anden los griegos detrás de afanes transmarinos y, establecidos en un mundo desconocido, pidan maestros de vanas letras! A nosotros no nos apremia ninguna necesidad de marcharnos, de atravesar las olas, los Reinos de los Cielos están establecidos en todo lugar de la tierra. De ahí que el Señor también dice: “El Reino de Dios está dentro de ustedes”.

20.5. Por tanto, la virtud es tarea solamente de nuestro querer, ya que está en nosotros y se forma a partir de nosotros. La virtud, en efecto, nace cuando el alma posee, según la naturaleza, la facultad racional.

20.5. Por tanto, es obra de nuestro querer la virtud de la religión, porque está en nosotros y se constituye desde nosotros. En efecto, la virtud se establece (cuando) el alma, según su propiedad (o: naturaleza), posee su inteligencia (o: posee su facultad racional).

20.14-17. La virtud que está en nosotros solo exige una mente humana. En efecto, ¿quién duda de que la pureza natural del alma, si no hubiese sido

32 Cf. Dt 30,13.

33 Lc 17,21.

contaminada por ninguna suciedad de fuera, sería la fuente y el origen de la virtud?

20.6. Y el alma se mantiene en su estado natural, si permanece como fue creada; y fue creada bella y recta en gran manera. Por eso Josué, hijo de Navé, decía al pueblo exhortándolo: *Vuelvan sus corazones hacia el Señor, Dios de Israel*³⁴.

20.6. Entonces el alma posee su facultad racional si permanece como fue creada (o: fue hecha). Fue creada muy buena y recta. Por eso Josué, el de Navé, instruyendo al pueblo decía: “Dirijan sus corazones hacia el Señor de Israel”.

20.17-20. Es necesario que el buen Autor la haya creado buena. Y si acaso nos cuestionamos esto, oigamos a Josué, el hijo de Navé, que decía al pueblo: “Hagan recto su corazón para el Señor Dios de Israel”.

20.7. Y Juan el Bautista decía: *Enderecen sus sendas*³⁵. Porque el alma es recta cuando tiene su facultad racional en su estado natural, como fue creada. Por el contrario, cuando se desvía y se aleja de su estado natural, entonces se dice maldad del alma.

20.7. Y Juan el Bautista decía: “Enderecen sus senderos”. Porque cuando el alma es recta, su intelecto (o: facultad racional) mismo aparece como fue creado. En cambio, cuando el alma se desvía y se separa de su propiedad (o naturaleza), entonces (esto) se llama maldad del alma.

20.20-23. Y Juan, sobre la virtud, no dio una opinión disonante al predicar: “Hagan rectos sus senderos”. En verdad este “ser recto” se refiere al alma cuando su integridad principal no se mancha por ninguna caída en los vicios.

20.8. No es, por tanto, un asunto difícil. Si permanecemos como hemos sido creados, vivimos en la virtud, pero si pensamos cosas perversas, somos juzgados como malvados.

34 Jos 24,23.

35 Mt 3,3; cf. Is 40,3; Mc 1,3; Lc 3,4; Jn 1,23.

20.8. En consecuencia, no es una cosa difícil. Puesto que si permanecemos como fuimos hechos (o: creados), estamos en la virtud de la religión (o: religiosa). En cambio, si pensamos cosas malas, seremos juzgados como malvados.

20.23-25. Si la naturaleza cambia, entonces se llama perversa; si se mantiene la condición, es virtud. Dios nos encomendó nuestra alma.

20.9. Si tuviéramos que buscar la virtud fuera de nosotros, sería algo verdaderamente difícil. Pero si está en nosotros, guardémonos de los pensamientos impuros y, como si hubiéramos recibido un depósito, conservemos nuestra alma para el Señor³⁶, para que Él reconozca su obra, estando su alma tal como la hizo.

20.9. Pero si debiéramos adquirir la virtud deífica fuera de nosotros, verdaderamente sería una cosa difícil. Por el contrario, si está en nosotros, abstengámonos de los pensamientos inmundos y cuidemos el alma que el Señor nos ha dado en depósito (*parathecam*), para que Él reconozca su obra. Esto sucederá si encuentra el alma tal como la creó.

20.25-30. Mantengamos el depósito tal como lo hemos recibido³⁷. Nadie puede excusar como ubicado en el exterior aquello que nace en él mismo. Reconozca su obra el que la hizo; que encuentre su creación como la creó. Nos

36 Cf. 2 Tm 1,14. ORÍGENES, *Homilias sobre el Libro del Levítico* 4,3: «Veamos ahora cuál es el depósito (cf. Lv 6,4 [5,23]) que ha recibido cada uno de los fieles. Yo pienso que también nuestra misma alma y nuestro cuerpo los recibimos de Dios en depósito. ¿Y quieres ver otro depósito mayor que recibiste de Dios? A tu alma misma Dios le encomendó “su imagen y semejanza” (cf. Gn 1,26. 27). Por consiguiente, este depósito deberás devolverlo íntegro, en cuanto que te consta que así lo recibiste. Porque si eres misericordioso, “como es misericordioso tu Padre celestial” (cf. Lc 6,36), la imagen de Dios está en ti y conservas íntegro el depósito (cf. 2 Tm 1,14; 1 Tm 6,20). Si eres perfecto, “como tu Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48; cf. Lv 19,2), el depósito de la imagen de Dios permanece en ti. Lo mismo también para todo lo restante: si eres piadoso, justo, santo, “puro de corazón” (cf. Mt 5,8), si todo lo que en Dios está presente por naturaleza existe en ti por imitación, el depósito de la imagen divina está a salvo en ti. Pero si haces lo contrario, y en vez de misericordioso eres cruel, impío en vez de piadoso, violento en vez de benigno, turbulento en vez de pacífico, ladrón en vez de generoso, rechazas la imagen de Dios, recibes en ti la imagen del diablo y reniegas del buen depósito que Dios te confió. ¿O no era esto lo que de forma misteriosa el Apóstol ordenaba al discípulo elegido, Timoteo, diciendo: “Oh Timoteo, custodia el buen depósito”? (1 Tm 6,20; cf 2 Tm 1,12. 14)»; SCh 286 (1981), pp. 166-169.

37 *Ibid.*

*es suficiente el adorno natural; no desfigures, hombre, lo que la generosidad divina te concedió. Querer cambiar la obra de Dios es contaminarla*³⁸.

Luchamos contra los demonios

Como ya se ha visto, el combate contra el Maligno es un aspecto fundamental, central, de la VA. Y no podía ser de otra forma, ya que se trata de un tema muy importante en el Evangelio.

Una vez establecida la finalidad de la vida monástica cristiana, siguen a continuación varios capítulos dedicados en la VA a la lucha contra el Enemigo, quien por todos los medios desea apartarnos del amor de Cristo y de la práctica de la virtud.

Literalmente el texto griego de este capítulo de VA comienza diciendo: “Sea nuestro combate de tal modo que no nos tiranice la ira, ni nos domine la concupiscencia”. Puesto que, si estas dos pasiones desordenadas nos dominan, es imposible que reine la virtud, y que la gracia de Cristo pueda actuar en nosotros.

Es evidente la importancia que Atanasio concede al fundamento bíblico de la lucha contra el demonio. En este breve texto cita cuatro pasajes de la Escritura:

- la *Epístola* de Santiago, en dos ocasiones, para señalar que la cólera y la concupiscencia (o el deseo: *epithumia*) no realizan la justicia de Dios y dan a luz al pecado, que ha traído la muerte al mundo;
- un breve pasaje del libro de los *Proverbios*, para subrayar la importancia de cuidar nuestra interioridad, porque es en el corazón donde se dirime la lucha a favor o en contra de Dios;
- una cita más extensa de la *Carta a los Efesios*, que además de aclarar contra quiénes es el combate de los cristianos, ofrece un buen punto de partida para ulteriores desarrollos sobre el tema de la naturaleza del Maligno.

38 Cf. Qo 7,14 (Vulgata).

Es justamente este último texto el que la VA amplía en los dos párrafos siguientes del presente capítulo. Tienen cuatro características notables los que combaten al ser humano: a) son muchos; b) están en el aire que nos rodea (cf. Ef 2,6; 6,12); c) no están, por tanto, lejos de nosotros; d) hay grandes diferencias entre ellos.

Las cuatro cualidades, que en realidad se pueden reducir a tres: cantidad, cercanía, diversidad, tienen un referente importante en el judaísmo rabínico³⁹; y son también asumidas, al menos en parte, por el cristianismo (cf. Ef 1,21; 2,2; 1 P 5,8).

No se desarrolla ninguna de esas propiedades, y se evita el tratamiento de su naturaleza y diversidad, que el Autor de la VA considera una exposición que debe dejarse a otros más grandes.

Lo que interesa y Atanasio considera necesario e indispensable es conocer las astucias o estratagemas que usan en sus maniobras. A este tema se dedicarán los siguientes capítulos.

21.1. Luchemos a fin de no ser tiranizados por la ira ni dominados por la concupiscencia. Porque está escrito que *la ira del hombre no obra la justicia de Dios*⁴⁰; y: *La concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte*⁴¹.

21.1. Sea nuestro trabajo que no seamos dominados por nuestra ira, ni que nos posea la concupiscencia. Porque está escrito que “la ira del hombre no obra la justicia de Dios”; y también: “La concupiscencia, concibiendo, da a luz el pecado. Y el pecado consumado genera la muerte”.

21.1-4. También debemos velar solícitamente por superar el tiránico furor de la ira, pues está escrito: “La ira del hombre no obra la justicia de

39 Cf.: <http://www.tora.org.ar/capitulo-dos-sobre-los-angeles/>; SCh 400, pp. 194-195, notas 1-4; Vita, pp. 212-213.

40 St 1,20.

41 St 1,15.

Dios”, y de nuevo: “*El deseo, al engendrar, da a luz pecado y, consumado este, nace la muerte*”.

21.2. Viviendo de esta manera, seamos firmemente sobrios y, como está escrito, custodiamos con todo cuidado nuestro corazón⁴². Puesto que tenemos enemigos terribles y astutos, los malvados demonios.

21.2. Así, teniendo esa forma de vida, seremos firmemente sobrios, y como está escrito: “Protegeremos con suma vigilancia nuestro corazón”. Porque tenemos enemigos horribles y astutos, los muy malvados demonios.

21.4-6. El precepto de la voz divina es que protejamos el alma con custodia constante, porque para hacernos caer tenemos enemigos avezados, los demonios.

21.3. Contra éstos tenemos que luchar, como dijo el santo Apóstol, no contra la carne ni la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de las tinieblas de este mundo, contra los espíritus del mal que están en las regiones celestiales⁴³.

21.3. Y contra esos es nuestra lucha, como dice el santo apóstol Pablo: “No contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra las tinieblas que dominan este mundo, contra los espíritus del mal que (están) en los cielos”.

21.6-10. Contra ellos, según el testimonio apostólico, tenemos una lucha sin tregua. En efecto, dice: “No es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades de este mundo, contra los espíritus del mal en los cielos”.

21.4. Numerosa es ciertamente su multitud en el aire que nos rodea, y no están lejos de nosotros. Entre ellos grande es su variedad.

21.4. Grande es su multitud en el aire que nos rodea (lit. que está cerca nuestro), y no están lejos de nosotros.

42 Pr 4,23.

43 Ef 6,12.

21.10-11. Una enorme multitud de ellos revolotea por este aire, no lejos de nosotros una caterva de enemigos corre en todas direcciones.

21.5. El discurso sobre su naturaleza y variedad sería largo y corresponde exponerlo a otros mayores que nosotros. Pero ahora lo que nos apremia y nos es necesario, es solamente conocer las astucias que obran contra nosotros.

21.5. Y sin duda muchas son sus diferencias; y sobre sus propiedades y diferencias, largo (sería) el discurso y no nos compete a nosotros, sino que es una narración apta para nuestros mayores. En cambio, a nosotros nos urge y (nos) es necesario saber las astucias que obran contra nosotros.

21.11-14. Ciertamente, exponer su diversidad no es propio de mi pequeñez, este catálogo se lo dejo a los más grandes; pero indicaré brevemente lo que es evidente y no conviene ignorar, los engaños contra los no preparados.

Es necesario conocer las estratagemas de los demonios

En esta parte de la VA, al menos en una primera lectura, se podría pensar que san Atanasio presenta su propia reflexión teológica sobre el demonio. Pero al confrontar el presente texto con las *Cartas* de san Antonio encontramos semejanzas notables entre ambos.

Así, sobre la afirmación de la naturaleza de los demonios, encontramos lo siguiente en la *Carta* cuatro de Antonio:

“... Por su mal comportamiento se les llamó mentirosos, Satán, así como otros demonios fueron llamados espíritus malos e impuros, espíritu de error, príncipes de este mundo y otras numerosas especies que hay entre ellos...” (4,7)⁴⁴.

44 Trad. de la versión latina del georgiano: *Lettres de S. Antoine. Version géorgienne et fragments coptes*, Louvain, Secrétariat du CorpusSCO, 1955, p. 16, líneas 5-9 (Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, 149). Trad. en: https://www.documentacatholicaomnia.eu/03d/0250-0356,_Antonius._Abba,_Cartas_de_San_Antonio_Abad,_ES.pdf.

Es decir, Dios nada malo hizo, pero los demonios se apartaron del designio de su Creador, perdieron, por tanto, su condición original, y se han dedicado a engañar a los no creyentes (los paganos).

Y tienen gran envidia de los cristianos, que creen en Cristo:

“Sí, hijos, los demonios no dejan de manifestar su envidia hacia nosotros: designios malos, persecuciones solapadas, sutilezas malévolas, acciones depravadas; nos sugieren pensamientos de blasfemia; siembran infidelidades cotidianas en nuestros corazones; compartimos la ceguera de su propio corazón, sus ansiedades; están además los desánimos cotidianos, la irritabilidad por todo, maldiciéndonos unos a otros, justificando nuestras propias acciones y condenando las de los demás. Son ellos quienes siembran estos pensamientos en nuestro corazón. Ellos quienes, cuando estamos solos nos inclinan a juzgar al prójimo, incluso si está lejos. Ellos quienes introducen en nuestro corazón el desprecio, hijo del orgullo. Ellos quienes nos comunican esa dureza de corazón, ese desprecio mutuo, ese desabrimiento recíproco, la frialdad en la palabra, las quejas perpetuas, la constante inclinación a acusar a los demás y nunca a sí mismo. Decimos: es el prójimo la causa de nuestras penas; y, bajo apariencias sencillas, lo denigramos cuando solo en nosotros, en nuestra casa, es donde se encuentra el ladrón. De ahí las disputas y divisiones entre nosotros, las riñas sin más objeto que hacer prevalecer nuestra opinión y darnos públicamente la razón. Son también ellos quienes nos hacen solícitos para llevar a cabo un esfuerzo que nos supera y, antes de tiempo, nos quitan las ganas de lo que nos convendría y nos sería muy provechoso” (4,5)⁴⁵.

En otra de sus cartas, Antonio describe el camino a recorrer para recibir el carisma del discernimiento:

«Los hay que comienzan con todas sus fuerzas, dispuestos a despreciar todas las tribulaciones, a resistir y mantenerse en todos los combates que les aguardan y a triunfar en ellos. Creo que el Espíritu se adelanta a ellos para hacerles el combate ligero, y dulce la obra de su conversión. Les muestra los caminos de la ascesis, corporal e interior, cómo convertirse y

45 *Ibid.*, pp. 13 (línea 4)-14 (línea 8); *trad. cit.* en nota precedente.

permanecer en Dios, su Creador, que hace perfectas sus obras. Les enseña cómo hacer violencia, a la vez, al alma y al cuerpo para que ambos se purifiquen y juntos reciban la herencia. Primero se purifica el cuerpo por los ayunos y vigiliias prolongadas; y después el corazón mediante la vigilancia y la oración, así como por toda práctica que debilita el cuerpo y corta los deseos de la carne.

El Espíritu de conversión viene en ayuda del monje. Él es quien lo pone a prueba por miedo a que el adversario no le haga desandar el camino. El Espíritu-director abre en seguida los ojos del alma para que también ella, junto con el cuerpo, se convierta y se purifique. Entonces el corazón, desde el interior, discierne cuáles son las necesidades del cuerpo y del alma. Porque el Espíritu instruye al corazón y se hace guía de los trabajos ascéticos para purificar por la gracia todas las necesidades del cuerpo y del alma. El Espíritu es quien discierne los frutos de la carne, sobreañadidos a cada miembro del cuerpo desde la perturbación original. Es también el Espíritu quien, según la palabra de Pablo, conduce los miembros del cuerpo a su rectitud primera: “Someto mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre” (1 Co 9,27); rectitud que fue la del tiempo en que el espíritu de Satán no tenía parte alguna en ellos y el cuerpo se hallaba bajo la atracción del corazón, instruido, a su vez, por el Espíritu. El Espíritu es, en fin, quien purifica el corazón del alimento, de la bebida, del sueño y, como ya he dicho, de toda moción e incluso de toda actividad o imaginación sexual, gracias al discernimiento llevado a cabo por un alma pura» (*Carta 1,2*)⁴⁶.

Adviértase la claridad con que se señala que toda la obra del monje, de la monja, es realizada merced a la acción decisiva del Espíritu Santo.

El *carisma del discernimiento* es fundamental en la vida monástica cristiana, particularmente en su modo eremítico o semieremítico. Ya que gracias a su acción no solamente se ordena el seguimiento de Jesucristo, sino que también podemos conocer las trampas del demonio.

Las afirmaciones que aparecen en el párrafo cuarto de este capítulo, se encuentran una y otra vez reflejadas en las *Cartas* de san Antonio. Por tanto,

46 *Ibid.*, pp. 1 (línea 12)-2 (línea 8); *trad. cit.*

aunque Atanasio haya elaborado a su manera las palabras del santo, la base del desarrollo es netamente “antoniana”.

22.1. Lo primero que debemos saber es que los demonios no han sido creados tal como se entiende el nombre de demonio, porque Dios no ha hecho nada malo.

22.1a. Sepamos, en primer lugar, esto: que los demonios [no] fueron creados [con las cualidades por las cuales] se los llama así. ¡Lejos de nosotros esta opinión! Porque el Señor nada malo ha creado.

22.1-3. Primero debemos grabar en la memoria que Dios no hizo nada que sea malo, y que los constituyentes de los demonios no se originaron a partir de la naturaleza de Aquel.

22.2. Fueron creados buenos, pero separándose de la sabiduría celestial y además yendo y viniendo sin cesar sobre la tierra, engañaron a los griegos con sus fantasías. Envidiosos de nosotros los cristianos, remueven todo deseando impedirnos subir al cielo, para que no alcancemos el lugar del que ellos cayeron.

22.1b. Pero incluso esos fueron creados buenos, pero apartándose de la sabiduría celestial, y evolucionando en la tierra por su voluntad, sin duda sedujeron a los paganos con sus fantasías.

22.2. Envidiosos de nosotros los cristianos, mueven todas las cosas queriendo impedir nuestro ascenso al cielo, para que no subamos allí de donde ellos mismos cayeron.

22.4-8. Siendo buenos, como corresponde a los creados por Dios, por propia decisión de su mente cayeron de los cielos a la tierra y allí, revolcados en la suciedad del barro, establecieron los impíos cultos de la gentilidad. Y ahora se retuercen de envidia contra nosotros y no dejan de removerlo todo para que no avancemos hacia sus antiguas sedes.

22.3. Por eso también son necesarias muchas oraciones y la ascesis, para que aquel que recibe por medio del Espíritu el don del discernimiento de espíritus⁴⁷, pueda saber lo que les concierne, cuáles de ellos son menos malvados y cuáles más, por qué tipo de actividad se interesa cada uno y cómo cada uno de ellos puede ser destruido⁴⁸ y expulsado.

22.3. Por donde también hay que practicar la oración continua⁴⁹, y es necesario el esfuerzo de la religión (o: la ascesis), para que, quien recibe por medio del Espíritu el don del discernimiento de los espíritus, pueda saber cómo proceder ante los demonios, para que sepa cuáles de ellos son los peores en malicia, y cuáles los menos (malvados); y qué fuerza e inclinación tiene (cada uno); y cómo se pueden repeler y expulsar.

22.8-13. Su debilidad ha sido dispersada y repartida. En efecto, algunos llegaron al vértice más encumbrado del daño, otros parecen ser más leves en comparación con los peores, y todos encararon diversas luchas contra una causa, según la capacidad de sus fuerzas. Por esto es necesario pedir al Señor el don del discernimiento de los espíritus.

22.4. Porque muchas son sus astucias y movimientos insidiosos. Sabían todo esto el bienaventurado apóstol y sus compañeros, cuando decían: *No ignoramos sus propósitos*⁵⁰. Nosotros que hemos experimentado sus tentaciones, debemos corregirnos unos a otros. Por tanto, teniendo alguna experiencia de ellos, yo les hablo como a hijos.

22.4. Porque son muchas sus astucias y sus insidias; y muy grande es su movimiento. Y así el apóstol san Pablo, y aquellos semejantes a él, que conocían estas realidades, decían: “No ignoramos, en efecto, sus astucias”.

22.5. Pero nosotros, que tenemos experiencia sobre ellos, debemos instruirnos unos a otros, para estar lejos de ellos. Y yo, que en parte los he experimentado, como a hijos les hablo.

47 Cf. 1 Co 12,7. 10.

48 El verbo es *anatrepo*, que también podría traducirse por voltear, derribar, arruinar, rechazar.

49 Cf. Lc 18,1 (Vita, p. 213,8-9).

50 2 Co 2,11.

22.13-18. De modo que, entreviendo tanto sus engaños como sus afanes, podamos elevar contra la lucha desigual el único estandarte de la cruz del Señor. Pablo, una vez recibido este don, enseñaba diciendo: “En efecto, no ignoramos sus astucias”, y a ejemplo de él conviene que también nosotros nos instruyamos mutuamente con palabras recíprocas a partir de lo que hemos padecido.

Los demonios buscan engañarnos por todos los medios posibles

Los demonios combaten a todos los cristianos, sin excepción; pero muestran una particular inquina contra los monjes, que se muestran especialmente inclinados al trabajo de la fe y a progresar en su vivencia.

La forma en que proceden es poniendo obstáculos, escándalos, en el camino. Estos obstáculos son los pensamientos impuros o vergonzosos. El salmo 139 (140) es citado como apoyo de esta afirmación, aplicando a los demonios lo que el salmista dice sobre los impíos: son violentos, trastornan nuestros pasos, colocan redes, ocultan trampas al borde del sendero (cf. Sal 139 [140],5-6).

No hay que temerles ni asustarse de sus trampas o sugerencias (pensamientos), sino hacerles frente por medio de la oración, el ayuno y, sobre todo, la fe en el Señor. Pero tampoco hay que confiarse, ya que aun cuando parezca que han sido vencidos, son rápidos para recuperarse y volver al ataque.

Una vez evitada la tentación directa, impura o sórdida, pasan a los ataques por medio de fantasías o imágenes. Pero igualmente hay que evitar caer en el temor. Ante ellas hay que recurrir a la fe y a la señal de la cruz.

Sin embargo, la VA advierte que no termina todo allí. El enemigo recurre a una nueva táctica: la ilusión, que se manifiesta en falsas predicciones o en formas raras que se ofrecen a nuestra vista. A aquella se le debe oponer la fe y la esperanza de nuestro espíritu, es decir, de nuestro interior.

A este ataque sucede la acción directa de Satanás, el príncipe de los demonios.

Así, de forma muy gráfica la VA expone las diversas formas de inducirnos al pecado que utiliza el Adversario:

1. tentaciones directas, por medio de pensamientos impuros;
2. imágenes o fantasías varias;
3. ilusiones / apariencias: predicción del futuro, o formas exóticas;
4. presencia de Satanás, acompañado por los demonios.

Para enfrentar esas acciones se proponen:

1. no tener miedo de los demonios;
2. oración y ayunos;
3. *fe en el Señor* (que se repite en tres oportunidades);
4. la señal de la cruz, como memorial del misterio pascual;
5. la esperanza.

Es importante notar que la mayor parte de estas actitudes dimanen del corazón, del espíritu, proceden de nuestra interioridad, deben ser concebidas en nuestro espíritu para que sean realmente eficaces. Todavía más importante: la fe y la esperanza son virtudes teologales, no una pura acción humana. Por ende, el combate contra los demonios es un hecho de fe, que es posible únicamente en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

23.1. Por consiguiente, si ven que todos los cristianos, y en particular los monjes, aman el trabajo y progresan, ante todo intentan y prueban poner obstáculos al borde del camino⁵¹. Sus obstáculos son los pensamientos impuros.

51 Cf. Sal 139 (140),6.

23.1. Estos demonios, si ven que todos los cristianos, pero sobre todo los monjes, tienen diligencia en los trabajos y progresan, en primer lugar, hacen de todo para poner obstáculos junto al camino. Sus obstáculos son los pensamientos sórdidos.

23.1-3. Tienen un odio hostil a todos los cristianos y sobre todo a los monjes. Tienden trampas en sus sendas, intentan derribar sus mentes con pensamientos impíos y obscenos.

23.2. Pero no debemos temer sus sugerencias, puesto que, con nuestras oraciones y ayunos, y con nuestra fe en el Señor, caerán rápidamente. Pero a pesar de haber caído, no permanecen quietos⁵², sino que de repente se vuelven a acercar astuta y engañosamente.

23.2. Pero no debemos temer sus sugerencias. Porque con las oraciones y los ayunos, con nuestra fe en el Señor Jesucristo, ellos caen en seguida; sin embargo, aun cayendo no reposan.

23.3a. Al instante de nuevo se aproximan, astuta y engañosamente.

23.4-7. Pero que no nos inspiren ningún terror a esto; pues con fieles oraciones y ayunos enseguida se desploman ante el Señor. Y, sin embargo, si se han detenido un poco, no crean que la victoria es plena; heridos, suelen resurgir con más fuerza y con un arte de lucha cambiado.

23.3. Ya que no pudieron seducir abierta y sórdidamente el corazón por medio del placer, atacan de otras maneras. Intentan atemorizar creando imágenes, se transforman⁵³ e imitan a mujeres, bestias, serpientes, gigantes o a un tropel de soldados. Pero no debemos temer sus fantasías.

23.3b. Y puesto que no pudieron seducir el corazón abiertamente por medio del deseo, de nuevo tienden otras insidias, y entonces fingen fantasías [...], transfigurándose, imitando mujeres, animales salvajes, serpientes, grandes cuerpos y una turba de soldados. Pero no debemos temer sus fantasías (o: imágenes).

52 O: no cesan (*payontai*).

53 Cf. 2 Co 11,13.

23.7-11. Cuando nada han podido hacer en el pensamiento, asustan con espantos tomando formas ya de mujeres, ya de bestias y serpientes, y también ciertos cuerpos enormes, la cabeza estirada hasta el techo, apariencias infinitas y hasta catervas de soldados.

23.4. Porque son nada y rápidamente desaparecen, sobre todo si uno se protege con la fe y la señal de la cruz.

23.4. Ellas son nada, y rápidamente desaparecen, sobre todo si también nos fortalecemos (lit.: fortificamos) con la fe y la señal de la cruz.

23.11-12. Todas cosas que también se desvanecen a la primera señal de la cruz.

23.5. Son audaces y muy temerarios. En efecto, si se les vence de un modo, vuelven a atacar de otro; fingen adivinar y predecir lo que va a suceder después, y aparecen tan altos que tocan el cielo y muy gordos para engañar con estas imágenes a los que no pudieron mediante los pensamientos.

23.5. Son audaces y muy desvergonzados, porque, aunque hayan sido vencidos así, de nuevo asaltan de otra forma, y fingen adivinar y predecir lo que sucederá en el futuro; y también se muestran tan altos que llegan hasta tocar el techo, y se dilatan mucho, para seducir por medio de estas imágenes a aquellos que no pudieron engañar con los pensamientos.

23.12-13. Una vez reconocidas estas formas de engaños, también comienzan a adivinar y a querer predecir los sucesos de los días venideros.

23.6. Pero si encuentran un alma fortalecida en la fe y en la esperanza de su espíritu⁵⁴, en lo sucesivo vienen acompañados de su jefe.

23.6. Pero si encuentran el alma munida de la fe y la esperanza del espíritu (lit.: del intelecto), en adelante hacen venir a su jefe.

23.14-16. Y cuando han sido despreciados hasta en estas cosas, llaman ya al príncipe mismo de su vileza y cumbre de todo mal en apoyo de su lucha.

54 O: que ella ha concebido (*dianoias*).

No hay que temer a los demonios: son débiles

La clave de lectura del presente desarrollo se nos ofrece al final del capítulo: no hay que temer al demonio, porque por *la gracia del Señor* todo lo que pueda hacer contra nosotros será reducido a nada.

Una gran parte de la descripción del Príncipe de los demonios, cuya presencia se anunciaba al final del precedente capítulo, está fundada en textos bíblicos, principalmente en el final del libro de Job, cuando el Señor lo amonesta y le describe al Leviatán, el monstruo marino, imagen del Maligno en el *Apocalipsis* (cf. caps. 12-13). Y en menor medida, por otros dos textos, uno tomado del Éxodo, el enemigo que persigue a Israel (tomado del cántico triunfal de Israel luego de atravesar el mar); y otro de *Isaías*, que Atanasio aplica al diablo⁵⁵. Estas dos últimas referencias ya anticipan la derrota del Maligno.

En efecto, los poderes del Príncipe de los demonios y de sus secuaces son aparentes. Son meras fanfarronadas, destinadas a engañar a los servidores de Dios, a las mujeres y hombres piadosos. Pero no hay que temerles puesto que el Salvador lo ha dominado, lo cual es explicado con imágenes muy significativas: ha sido pescado y arrastrado con el anzuelo, le han puesto freno como a un animal de carga, lo han aprisionado como a un fugitivo con anillo en la nariz y argolla en los labios; ha sido enjaulado como un pájaro, para que nos burlemos de él. Más todavía: los cristianos, conforme al Evangelio, los hemos pisado como a escorpiones y serpientes (Lc 10,19).

La prueba de lo anterior es su imposibilidad de evitar la ascesis de los seguidores de *abba* Antonio, al igual que impedir que éste hable contra los demonios.

Tres nuevas características del Maligno son puestas en evidencia:

- mentiroso, y por esos sus fantasías son mendaces;
- luz falsa;
- aparece y desaparece.

55 Cf. SCh 400, p. 203, nota 1.

Lo más importante, y que debe ser resaltado: no pueden herir a los fieles del Señor, y se irán al fuego que está preparado para ellos (tema evangélico: cf. Mt 25,41). La gracia del Señor hará esto.

24.1. Los demonios, decía (Antonio), aparecen muchas veces con el mismo aspecto con el que el Señor mostró el diablo a Job, diciendo: *Sus ojos son como la estrella de la mañana. De su boca salen teas encendidas y se esparcen braseros de fuego. De sus narices sale el humo de un horno encendido con fuego de carbones. Su alma son carbones; de su boca sale una llama*⁵⁶.

24.1. Y aparecen generalmente como el Señor le mostró el diablo a Job, diciendo: “Sus ojos como la belleza (o: la imagen) de la estrella de la mañana. De su boca salen teas ardientes y se esparcen cajas de fuego. De sus narices sale el humo de un horno ardiente con fuego de carbones. Su alma (es) de carbones vivos. De su boca sale una llama”.

24.1-6. Por último, Antonio aseguraba que frecuentemente había visto al diablo tal como el bienaventurado Job también lo había conocido al revelárselo el Señor: “Sus ojos son como imágenes de Lucifer, de su boca salen antorchas encendidas, también los cabellos se esparcen en incendios y de sus narices sale un humo como del fuego de las brasas de un horno ardiente. Su alma es como un carbón encendido, la llama se concentra desde su boca”⁵⁷.

24.2. Con tal aspecto el príncipe de los demonios inspira temor, como ya dijimos; el astuto habla con grandes palabras, como el Señor anunció diciendo a Job: *Porque considera el hierro como paja, el bronce como madera podrida*⁵⁸.

56 Jb 41,10-13.

57 Cf. Jb 41,9-12 (Vulgata).

58 Jb 41,19.

24.2. Apareciendo así el príncipe de los demonios intimidada, como dijimos antes: ese astuto grandilocuente, como del mismo modo lo anunció el Señor a Job diciendo: “Piensa que el hierro es como la paja, el bronce como madera frágil”.

24.6-10. *Apareciéndose el príncipe de los demonios con espantos de este tipo y prometiendo a menudo cosas inmensas, como dije, enloquece con la grandilocuente lengua de su impiedad, sobre la cual triunfó el Señor diciendo a Job: “En efecto, él considera al hierro como paja, al bronce como madera podrida, a los mares como arrasados”.*

24.3. Considera el mar como un frasco de perfume, el tártaro del abismo como su prisionero. Ha pensado que el abismo es como un lugar de paseo⁵⁹. Y por medio del profeta: El enemigo dijo: Lo perseguiré y lo alcanzaré⁶⁰, y: Tomaré toda la tierra en mi mano como un nido y la recogeré como huevos abandonados⁶¹. Buscan jactarse de tales actos y los proclaman para seducir de cualquier modo a los servidores de Dios⁶².

24.3. Calcula el mar como cancelado, el tártaro (o: infierno) del abismo (como su) prisionero. Considera el abismo como un ambulatorio. Y por el profeta: “Dijo el enemigo: Persiguiéndolo lo aprehenderé”. Y: “Me apoderaré de todo el orbe con la mano como de un nido y tomaré los huevos abandonados”. Y en todo se jactan de realizar tales cosas y prometen no suceda que tal vez de este modo seduzcan a los adoradores de Dios.

24.10-15. *“(Considera) al Tártaro⁶³ como cautivo de las profundidades, estimó que el abismo era una galería”⁶⁴. Y por el profeta resuena diciendo: “Persiguiéndolo lo atraparé” y “tendré todo el orbe de la tierra en mi mano como un nido, y lo destruiré como los huevos abandonados”. Así, vomitando voces fúnebres el injusto atrapa a menudo a algunos de los que viven bien.*

59 Jb 41,23-24.

60 Ex 15,9.

61 Is 10,14.

62 Lit.: los piadosos, o religiosos (*theosebés*).

63 Nombre grecorromano de los infiernos.

64 Cf. Jb 41,18. 22-23 (Vulgata).

24.4. Pero nosotros los fieles no debemos temer sus imágenes ni escuchar sus voces. Porque miente y no dice en absoluto la verdad; aunque habla tantas y tan grandes cosas y se muestra audaz, es arrastrado por el Salvador como un dragón por el anzuelo, como un animal de carga recibe el freno en la nariz; y como un fugitivo es atado por un anillo en la nariz y es atravesado por una argolla en los labios⁶⁵.

24.4a. Pero de nuevo, no hay que temer sus fantasías, ni escuchar las voces de los demonios; porque mienten y nada verdadero hablan (lit.: es hablado por ellos). Así que, hablando tantas y tales cosas, erigiéndose audazmente, es arrastrado por el Salvador como un dragón (o: serpiente) por el anzuelo, como un animal recibe el bozal en sus narices, y como un fugitivo es atado con un anillo en las narices y es agujereado con una lanza en los labios.

24.15-22. Pero nosotros no debemos creer en sus promesas ni temer ante sus amenazas; en efecto, siempre engaña y nunca promete nada verdadero. Pues, si no dijera todas mentiras, ¿cómo es que, prometiendo tales cosas y tan infinitas, fue atrapado por el Señor como un dragón con el anzuelo de la cruz y atado con el cabestro como un burro y, encadenado con una argolla y perforado en los labios con un aro como un esclavo fugitivo⁶⁶, no se le permite de ningún modo devorar a ninguno de los fieles?

24.5. Y es atado por el Señor como un pájaro para que sea nuestro juguete⁶⁷. Él y los demonios que están con él, han sido reducidos como si fuesen escorpiones y serpientes para que sean pisados⁶⁸ por nosotros los cristianos.

24.4b. Y atado por el Señor como un pájaro para que sea burlado por nosotros.

24.5. Él mismo y los demonios que están con él son puestos como escorpiones y serpientes para ser pisados por nosotros, los cristianos.

65 Cf. Jb 40,25-26.

66 Cf. Jb 40,24-26 (Vulgata).

67 Cf. Jb 40,29 (se refiere al Leviatán).

68 Cf. Lc 10,19.

24.22-24. *Ahora el miserable fue aprisionado por Cristo como un gorrión para entretenimiento, ahora suspira por sus compañeros sometidos como escorpiones y serpientes por el talón de los cristianos.*

24.6. Prueba de esto es nuestra forma de vida que va contra él. En efecto, quien prometió borrar el mar y apoderarse del mundo entero, he aquí que ahora no puede impedir la ascesis de ustedes, ni que yo hable contra él.

24.6. Y es una prueba de esto nuestra forma de vida (*conversatio*), la cual está contra él. Pues quien también prometió borrar el mar y apoderarse de todo el orbe, he aquí que ahora no puede prohibirnos nuestra ascesis⁶⁹, ni puede prohibirme hablar contra él.

24.24-27. *Aquel que aplaudía haber destruido todos los mares, aquel que prometía tener el orbe de la tierra en su mano, ¡he aquí que es vencido por ustedes! ¡He aquí que no puede inmovilizarme cuando discuto contra él!*

24.7. Por tanto, no prestemos atención a lo que dice, porque miente; ni temamos sus imágenes, que también son mentirosas.

24.7. Por tanto, no prestemos atención a lo que dice, porque miente. Ni temamos sus fantasías, puesto que son mendaces.

24.27-28. *La fanfarronería soberbia debe ser totalmente despreciada junto con las palabras vanas, hijitos.*

24.8. En efecto, la luz que aparece en ellos no es verdadera, sino que ofrecen el preludio y la imagen del fuego dispuesto para ellos⁷⁰; e intentan atemorizar a los hombres con el fuego en que arderán.

24.8. En efecto, la luz que aparece en ellos no es verdadera, sino que llevan en sí como un proemio y una imagen del verdadero fuego que les está preparado; y en el cual arderán los hombres a los que intimidan y tientan.

69 Lit.: el esfuerzo de nuestra religión (*studium religionis nostrae*).

70 Cf. Mt 25,41.

24.28-29. *Ese resplandor con el que simula que brilla no es el esplendor de la luz verdadera, sino que indica las llamas en las que arderá...*

24.9. Ciertamente aparecen, pero de repente desaparecen, sin dañar a ningún fiel, llevando consigo una imagen del fuego que van a recibir. Por eso no hay que temerlos, porque todas sus maquinaciones son reducidas a nada por la gracia del Señor.

24.9. Y así aparecen con un aspecto terrible e inmediatamente desaparecen, sin hacer daño a ninguno de los fieles, pero llevando una imagen del fuego que les espera y que los recibirá. Con todo, ni aun así hay temerles. Porque por la gracia del Señor serán reducidos a nada todas sus intenciones.

24.29-30. *... pues apartándose muy pronto de su palabra lleva consigo las figuras de sus penas.*

No hacer caso de los engaños de los demonios

En esta parte del discurso se presentan tres tácticas que usan los demonios en sus ataques: rapidez, astucia y disfraces. Y llegan hasta a imitar el accionar de los monjes y las monjas en la salmodia y la *lectio divina*. Es más, pueden mimetizar el uso de la repetición de textos bíblicos en nuestra oración cotidiana⁷¹. También impiden el sueño, evitando el necesario descanso e incitando a la oración fuera de tiempo. Utilizan asimismo el disfraz de monjes para lograr engañarnos.

La respuesta a estas trampas es una e idéntica siempre: *no hacerles caso*, sea que nos despierten, o nos impulsen a un ayuno desmesurado, o nos hagan experimentar vergüenza por nuestras faltas pasadas. Nada de esto lo hacen para nuestro provecho, sino para conducirnos a la desesperación y ulterior abandono de la ascesis monástica; para evitar igualmente que los monjes y las monjas los combatan.

71 Posiblemente no se limita este ardid al momento mismo de la lectura, que se hacía en voz alta (cf. Sch 400, p. 207, nota 1), sino que incluso repetían las palabras que se habían memorizado para orar, como jaculatorias, a fin de entorpecer esta práctica loable.

25.1. Son astutos, rápidos para transformarse y tomar otros aspectos⁷². Muchas veces también, sin ser vistos, entonan salmos y citan de memoria pasajes de la Escritura.

25.1. Son (astutos) y logran transfigurarse. Algunas veces, en efecto, también salmodian cantando. Fingen (cantar), sin mostrarse y recitan palabras de la Escritura.

25.1-2. También suelen salmodiar con música sin mostrarse –¡qué sacrilegio!– y meditan con boca impura las sagradas palabras de las Escrituras.

25.2. Cuando nosotros leemos, a menudo repiten como un eco lo que se lee. Muchas veces, mientras dormimos, nos despiertan para la oración; y lo hacen continuamente para que no podamos dormir.

25.2. Pero sucede que cuando nosotros leemos, ellos producen como un casi sonido, como leyendo lo que estamos leyendo nosotros; mientras dormimos nos excitan a la oración, y hacen esto continuamente para casi no permitirnos dormir.

25.3-5. Frecuentemente, cuando leemos, responden como un eco a las últimas palabras. También despiertan a los que duermen para orar, a fin de quitarles el sueño de toda la noche.

25.3. Se disfrazan de monjes y fingen hablar como hombres piadosos, para engañarnos con un aspecto semejante al nuestro y, una vez engañados, arrastrarnos adonde quieren.

25.3. Frecuentemente se transfiguran con el hábito de los monjes, y parecen hablar como personas religiosas y timoratas, para seducir con un aspecto semejante al nuestro y arrastrar adonde quieren a los que ellos mismos han seducido.

72 Cf. 2 Co 11,14-15.

25.5-7. *Incluso, mientras toman el aspecto de nobles monjes, detienen a muchísimos monjes y les imputan antiguos pecados de los que tienen conocimiento.*

25.4. Pero no se les debe prestar atención, ni aunque nos despierten para la oración, o nos aconsejen no comer en manera alguna, o finjan acusarnos y reprendernos por aquellas (faltas) que saben alguna vez (cometimos); pues no lo hacen por piedad o por la verdad, sino para llevar a los sencillos a la desesperación y decirles que (es) inútil la ascesis. Ellos producen en los hombres náusea, para que consideren la vida solitaria insoportable y muy dura, y ser obstáculo (o: molestar a) para los que viven combatiéndolos.

25.4. Pero no conviene prestarles atención, ni siquiera si los persuaden de no comer, ni si los reprenden sobre cosas de las que alguna vez, con nosotros, fueron cómplices. Porque no hacen esto por la verdad o por la religión, sino que más bien buscan hacer caer a los simples y dejar sin recompensa su ascesis.

25.5. Puesto que quieren producir náusea en los hombres, para que consideren pesada la vida solitaria y encuentren impedimentos para vivir combatiendo a los demonios.

25.7-14. *Pero deben despreciarse sus increpaciones y consejos de ayuno, así como la engañosa recomendación de viglias. En efecto, con este fin toman aspectos familiares para nosotros, de modo que por semejanza de las virtudes inoculen más fácilmente su dañino veneno y aplasten a cada inocente con el aspecto de la honestidad, predicando después que este afán es imposible y duro, de modo que, mientras lo que ha sido comenzado parece cargoso, suceda a la desesperación el fastidio y a éste la pereza.*

Los demonios parece que dicen la verdad: es para seducirnos

Todas las acciones que realizan los demonios para impedir nuestro compromiso cristiano y monástico, han sido condenadas por el Señor, al igual que ellos mismos que son los causantes. Así lo testimonia la cuarta imprecación que se lee en el libro del profeta Habacuc (2,15 LXX): *Malditos los que dan a*

beber confusión o turbación para hacer caer a quienes caminan por la senda de la virtud.

Por idéntico motivo el Señor aun cuando los demonios digan la verdad, les cierra la boca, para que no se mezcle la verdad con la malicia de ellos. Luego, insiste, san Antonio: no hay que creerles ni prestarles atención.

Los cristianos tenemos las Escrituras sagradas y la libertad que nos ha conseguido el Señor con su misterio pascual, y no debemos escuchar nada de lo que intenten enseñarnos los demonios. Tanto más cuanto que no supieron mantener la dignidad que les correspondía. Y aquí se inserta una llamativa alusión a la *Epístola de Judas*, la única en la VA.

Para hacer frente a los intentos de pretender enseñarnos que realizan los demonios, recurriendo a la Escritura inspirada, lo más atinado es responderles con otros pasajes de la misma procedencia, lo cual es denominado en algunos escritos monásticos, el método *antirrético* (de *antirreticós* y *antírresis*): contradecir, refutar. Este método muchas veces recurre a pasajes de los *Salmos*, ya que su repetición hacía más fácil memorizarlos y poder usarlos adecuadamente.

La VA subraya con mucha claridad que la finalidad última del Enemigo es provocar tumulto, ruido, turbación, agitación, fingimiento, risa, silbidos, todo lo que sirva para engañar a los ingenuos, es decir, a quienes no conocen sus trampas. Pero en cuanto no se les presta atención, lloran y se lamentan como si hubieran sido vencidos.

Impresiona ver en la descripción final de este apartado un retrato notable de la cultura contemporánea, tan proclive a toda la agitación puramente exterior.

26.1. El profeta enviado por el Señor llamaba miserables a los demonios, diciendo: ¡Ay del que hace beber a su vecino la turbación para derribarlo!⁷³. Porque tales maquinaciones y pensamientos suelen apartar del camino que conduce a la virtud.

26.1. Y así el profeta enviado por el Señor se lamentaba por esos diciendo: “Ay de quien da de beber a su prójimo el apartamiento turbado (o: el alejamiento y la turbación)”. Porque tales afecciones y recuerdos alejan habitualmente del camino que conduce a la virtud religiosa.

26.1-4. Por eso el profeta enviado por el Señor, anunciando hechos funestos, decía con sublime voz: “¡Ay del que da a beber a su prójimo turbulenta destrucción!”. En efecto, incitaciones como aquellas corrompen el camino que conduce al cielo.

26.2. Porque el Señor mismo, cuando los demonios decían la verdad, pues en efecto decían la verdad: Tú eres el Hijo de Dios⁷⁴, no obstante, los hacía callar.

26.2. Pero el Señor mismo ordenaba con reprensión callar a los demonios, que con todo decían la verdad. En efecto, decían la verdad: “Tú eres el Hijo de Dios”.

26.4-6. Por esta razón, habiendo venido el Señor a la tierra y predicando los demonios involuntariamente cosas verdaderas sobre Él –pues con verdad decían: “Tú eres el Hijo de Dios”–.

26.3. Les impedía hablar⁷⁵ para que acaso no sembraran su propia malicia junto con la verdad⁷⁶, y para acostumbrarnos a no prestar atención a tales seres, aunque parezca que dicen la verdad.

26.3. Sin embargo, les ordenaba callar, para que con la verdad misma no sembraran la propia malicia, y para enseñarnos la verdadera vida (lit.: costumbre), no prestando atención a esos seres ni mirarlos como si dijeran la verdad.

26.6-9. El que había desatado las lenguas encadenadas de los hombres cerraba las bocas de los que vociferaban, para que no mezclaran con la proclamación de lo verdadero los venenos de la perversidad y para que nosotros

74 Lc 4,41; Mc 3,11.

75 Cf. Lc 4,41.

76 Cf. Mt 13,35.

no prestáramos asentimiento en nada a estas verdades a ejemplo de Él, aunque convencieran de hechos que sucederían.

26.4. Porque también (es) inconveniente que nosotros, teniendo las Escrituras y la libertad dada por el Salvador, nos dejemos enseñar por el diablo, por aquel que no guardó su propio puesto⁷⁷, sino que pasó de un modo de pensar a otro.

26.4. Puesto que nosotros, teniendo las Escrituras y la libertad que nos ha dado el Salvador, es incongruo que nos (dejemos) instruir por el diablo, por aquel que no respetó su orden, sino que pasó de uno a otro modo de pensar (lit.: de uno a otro pensamiento).

26.9-12. Porque ciertamente no es congruente con la libertad concedida por el Señor y con los preceptos de vida de las Escrituras aceptar consejos de vida del diablo, el cual abandonando su propio orden profanó el sagrado imperio de Cristo.

26.5. Por esto, cuando el demonio cita pasajes de las Escrituras, también el Señor le prohíbe hablar, diciendo: *Dijo Dios al pecador: ¿Por qué enumeras mis preceptos y pones en tu boca mi alianza?*⁷⁸.

26.5. Por eso también el Señor le prohibió hablar con palabras de las Escrituras diciendo: “Dijo Dios al pecador: ¿por qué expones mis justificaciones y te apropias por medio de tu boca de mi alianza?”.

26.12-15. El Señor ordenaba que aquel se callara especialmente cuando hablaba de las Escrituras, porque “Dios dijo al pecador: ¿Por qué relatas tú detalladamente mis actos de justicia y te apropias de mi testamento por tu boca?”.

26.6. En efecto, hacen estas cosas, hablan, se agitan, fingen, y producen turbación para engañar a los ingenuos. Hacen ruidos, dan golpes, se ríen estrepitosamente y silban. Pero si nadie les presta atención, por último, lloran y se lamentan como si hubieran sido vencidos.

77 Cf. Judas 6.

78 Sal 49 (50),16.

26.6. En efecto, dicen y hacen todas estas cosas, se agitan, simulan y perturban para seducir a los simples. Porque (los demonios) también hacen ruidos, aplauden, se ríen y silban. Pero cuando nadie les presta atención, empiezan a lamentarse y a llorar, como si hubieran sido vencidos.

26.15-20. Los demonios simulan todo –a menudo conversan con los hermanos, a menudo perturban, producen sonidos sin orden, toman las manos, silban, se ríen insensatamente–, para entrar en el pecho cristiano hasta el punto de pecado. Y como han sido rechazados finalmente por todos, dan testimonio de su debilidad con un lamento.

No hay que escuchar a los demonios, porque siempre buscan engañarnos

¿Por qué nunca hay que escuchar las sugerencias del Adversario? Porque intenta engañarnos. Entonces debemos imitar al Señor, dejándonos instruir por el ejemplo de los santos y las santas que nos han precedido. ¿Haciendo qué? Actuando con valentía, y evitando temer al demonio, o a los demonios, porque nada puede(n) salvo amenazar.

De nuevo la VA recurre a la cita de dos salmos que señalan las actitudes concretas que se deben practicar: humildad, silencio, que se manifiesta en la sordera y la mudez. Con sincera humildad no escuchamos a los demonios ni les hablamos. Solo el Señor Jesús puede abrir nuestra boca y liberar nuestros oídos para escuchar su palabra auténtica, que no engaña ni quita la paz interior (cf. Mc 7,31-37).

27.1. El Señor, en cuanto Dios, cerraba la boca a los demonios. Nosotros, instruidos por los santos, conviene que obremos como ellos e imitemos su coraje.

27.1. Y por eso nuestro Señor, en cuanto Dios, cerraba la boca de los hombres malvados y de los demonios. Pero nosotros, instruidos por los santos, debemos imitar la vida de los santos.

27.1-3. *Y ciertamente el Señor, en tanto Dios y consciente de su propia majestad, les ordenaba callar. Y nosotros, apegándonos a las huellas de los santos, emprendamos el mismo camino.*

27.2. Puesto que, también ellos viendo las obras de los demonios, decían: *Mientras el pecador permanecía en pie ante mí, yo enmudecía, me humillaba y no decía ni una palabra buena*⁷⁹.

27.2. Porque ellos viendo tales cosas decían: “Cuando el pecador estaba ante mí, me hice sordo, me humillé y callé incluso palabras buenas”.

27.3-5. *Ellos entreviendo con cierta sutileza memorables engaños, cantaban: “Cuando el pecador se alzó contra mí, callé, fui humillado y quedé en silencio de cosas buenas”.*

27.3. Y también: *Yo, como un sordo no oía, como un mudo no abría la boca y era como un hombre que no oye*⁸⁰.

27.3. Y de nuevo: “Yo como un sordo no oía y (era) como un mudo que no abre su boca, y me hice como un hombre que no oye”.

27.5-7. *Y de nuevo: “Pero yo como un sordo no oía y, como un mudo que no abre su boca, me hice como un hombre que no oye”.*

27.4. No debemos, por consiguiente, escucharlos, como extraños que son, ni debemos obedecerles, aunque nos despierten para orar, y nos hablen del ayuno. Esforcémonos más en nuestro propósito de ascesis, y no dejemos que nos engañen aquellos que obran mediante engaños.

27.4. Por tanto, también nosotros, no los escuchemos, como extraños para nosotros⁸¹, ni les obedezcamos, aunque nos impulsen a la oración, o nos hablen

79 Sal 38 (39),2-3.

80 Sal 37 (38),14-15.

81 Cf. Seudo Hipólito, *Tradición apostólica* 38: “espíritu alieno” (*Cuadernos Phase* n° 75 [1996], p. 45), traducción de *allotrios* (*alienos*), que suele en algunos casos ser el apelativo del diablo (*Vita*, p. 217, 9).

sobre el ayuno. Attendamos más bien al esfuerzo de nuestro propósito, y no nos dejemos seducir por esos que obran con engaño.

27.7-10. Cristo, como Señor, mandó el silencio. Nosotros no les creamos nada y venceremos. Si impulsan a orar, si sugieren ayunos, no nos guiamos por sus advertencias sino por nuestra costumbre.

27.5. No debemos temerles, aunque parezca que nos atacan y aunque nos amenacen de muerte, porque son débiles y no pueden hacernos otra cosa que amenazar.

27.5. No debemos temerles, aunque parezcan saltar sobre nosotros o nos amenacen de muerte. Porque son débiles y nada pueden sino solo amenazarnos.

27.10-12. Por último, también, si lanzándose sobre nosotros parecen intentar nuestra muerte, debemos reírnos de ellos más que temerlos porque, siendo débiles, amenazan con todo, pero no lo cumplen.

Gracias a la venida del Señor los demonios han perdido su poder

En este extenso párrafo, la VA nos propone una reflexión teológica sobre la realidad misma de los demonios.

Ante todo, se nos recuerda que el Enemigo ya ha sido vencido por Cristo. Por tanto, su actuación es limitada, solamente puede amenazar, nada más. Esto es algo que a menudo se olvida, de lo cual resulta que el poder del diablo suele sobrevalorarse.

Su realidad o condición espiritual le permite, eso sí, gran movilidad; por lo cual puede presentarse inesperadamente. Además de esta característica la VA nos enseña otras cualidades de los demonios:

1. son malvados (el diablo es el padre de la maldad)
2. prontos para dañar (homicidas)

3. en todo lugar y ocasión pueden actuar contra los seres humanos
4. no son amigos del bien (no aspiran a corregirnos)
5. gustan dañar especialmente a quienes aman la virtud y honran a Dios.

En contrapartida, Antonio/Atanasio enseñan que ya no tienen ningún poder, cuanto más pueden amenazar (tema que se repite más de una vez en la VA). Sus posibilidades han quedado limitadas a las fantasías, las mascaradas, los cambios de forma, apariencias terroríficas. Aun actuando juntos los demonios carecen de poder, en tanto que un solo ángel enviado por el Señor, sin una forma engañosa, puramente exterior, sin tumulto ni ruidos, realiza su cometido en silencio y velozmente.

28.1. Ya he hablado sobre esto de pasada. Ahora no tardaré en extenderme más sobre estas mismas cosas, porque el recuerdo de ellas será una protección para ustedes. Con la venida del Señor, el enemigo quedó derrotado y sus poderes debilitados.

28.1. Ya he hablado brevemente sobre esto. Y ahora no me detendré a decir las mismas cosas. Porque el recuerdo será una protección⁸² para ustedes. Con la venida del Señor cae el enemigo y sus mismas fuerzas se debilitaron.

28.1-4. Recuerdo que de estas cosas ya hablé de paso, pero ahora las mismas deben ser explicadas más ampliamente, porque la repetición contribuye a una cautela no mediana. Al llegar el Señor, el enemigo fue destruido y toda su fuerza se debilitó por entero.

28.2. Por esto, en consecuencia, no puede hacer nada, pero como un tirano después de su caída no descansa, sino que amenaza, aunque solo de palabra. Que cada uno de ustedes recuerde esto⁸³, y podrá despreciar a los demonios.

82 Lit.: una firmeza (*firma vobis erit*).

83 Cf. 2 Co 10,7.

28.2. Por eso, aunque los tiranos que han caído no poseen ningún poder, después de su caída el demonio no descansa y amenaza, aunque solo sea con palabras. Y así cada uno de ustedes recuerde esto, y podrá despreciar a los demonios.

28.4-7. Por esto, recordando su antiguo valor como un tirano que ya está envejeciendo, al ver que se derrumba, marcha en pos de la perdición humana; y sin embargo no puede derribar el pecho firme en Dios con el arte de los pensamientos y demás engaños.

28.3. Si estuvieran unidos a los cuerpos como lo estamos nosotros, habrían podido decir: “No hemos encontrado hombres porque se han escondido, pero cuando los encontremos, podemos hacerles mal”.

28.3. Si, como nosotros, estuvieran unidos a los cuerpos, les hubiera sido posible decir: “[No] encontramos [los hombres escondidos]. Pero cuando los encontremos, les podremos dañar”.

28.7-9. Pues es más claro que la luz que nuestros enemigos, ya que no están cubiertos de carne humana, de modo que no pueden pretextar que les es imposible superarnos...

28.4. Y nosotros podemos escondernos de ellos, ocultándonos y cerrándoles la puerta.

28.4. Y nosotros mismos podremos escondernos de ellos ocultándonos, cerrándoles las puertas [de nuestros corazones].

28.9-11. ... y que no pueden entrar en una puerta cerrada –y en verdad, si estuviesen condensados en este frágil cuerpo, el acceso les sería negado por una entrada sellada–...

28.5. Pero esto no es así, sino que pueden entrar por puertas cerradas, y se encuentran en el aire por todas partes, ellos y su jefe, el diablo. Son malvados y están dispuestos a hacer daño, como dijo el Salvador: *Desde el principio es homicida, el padre de la malicia, el diablo*⁸⁴. Pero nosotros ahora

vivimos y nuestra vida se dirige cada vez más contra él, está claro que ellos no tienen poder. Porque ningún lugar les impide maquinarse contra nosotros, ni nos ven como amigos suyos para perdonarnos, ni aman el bien como para corregirse. Al contrario, son muy malvados, y nada les preocupa más que dañar a los que aman la virtud y honran a Dios.

28.5. Pero no poseen cuerpos semejantes a los nuestros, sino que también pueden entrar estando cerradas las puertas, y están por todas partes en el aire, incluso su primer jefe, el diablo, y son malvados, y están preparados para hacer daño, como dijo el Salvador: “Desde el principio el diablo, padre de la maldad, es homicida”. En cambio, nosotros ahora vivimos y nuestra vida (*conversatio*) es claramente contraria a ellos, y es claro [que ellos nada pueden hacernos. De hecho, ni el lugar les impide] hacer el mal, ni nos ven como sus amigos en modo de perdonarnos, ni son benévolos como para corregirse, sino que más bien son malvados, diligentes y muy rápidos para dañar a los que aman la virtud y el servicio de Dios.

28.11-18. ... entonces, como dijimos, ya que están libres de este impedimento, ya que penetran los lugares cerrados y revolotean a su gusto por todo el aire, es manifiesto que a causa de su debilidad el cuerpo de la Iglesia permanece ileso. Finalmente, los impíos secuaces junto con su príncipe, el diablo, del cual el Salvador afirmaba en el Evangelio que era homicida y padre de la maldad desde el principio, no habrían cedido de ningún modo ante nosotros que peleamos fuertemente contra ellos si su poder no hubiese sido destruido.

28.6. Porque no pueden hacer nada, por eso no hacen otra cosa que amenazar. Si pudieran hacer algo, no dejarían de intentarlo, sino que rápidamente harían el mal, para esto su voluntad está bien dispuesta, y especialmente contra nosotros. He aquí entonces que nosotros nos reunimos para hablar contra ellos, y saben que nuestros progresos los debilitan.

28.6. Pero como nada pueden hacer se limitan a amenazar. Porque si pudieran no se demorarían, sino que de inmediato obrarían el mal, y especialmente contra nosotros. En efecto, para esto tienen dispuesta la voluntad, puesto que he aquí que nos hemos congregado para hablar contra ellos, y saben que se debilitan cuando nosotros progresamos.

28.18-23. Pues si miento, ¿por qué, Satanás, tú que correteas por todo el espacio, a nosotros nos respetas? ¿Por qué tú, que no eres contenido por ningún lugar, no puedes debilitar la constancia de los que viven y luchan contra ti? ¿O quizás nos amas a quienes intentas cada día derribar? ¿O puede creerse que tú eres maestro de bondad y que apoyas a los más buenos en vez de perjudicarlos?

28.7. Si tuvieran poder, no nos dejarían vivir a los cristianos, puesto que el culto a Dios es una abominación para el pecador⁸⁵.

28.7. Por tanto, si tuvieran poder, no nos permitirían vivir a ninguno de nosotros, los cristianos. Porque está escrito: “El servicio de Dios es una abominación para el impío”.

28.23-25. ¿Y qué puede ser tan caro a ti como el herir, especialmente a aquellos que luchan virilmente contra tus crímenes según lo que está escrito: “Que la piedad es abominación para el pecador”?

28.8. Porque no tienen poder y no pueden realizar sus amenazas, se golpean fuertemente a sí mismos. Conviene recordar esto para no temerlos: si tuvieran poder, no vendrían en multitud, ni producirían imágenes, ni engañarían transformándose, sino que bastaría que uno solo viniera e hiciera eso que puede y quiere; sobre todo porque el que tiene poder, no mata con fantasías ni atemoriza con una multitud, sino que usa rápidamente su poder como quiere.

28.8. Puesto que nada pueden, por eso más se golpean a sí mismos, porque no pueden cumplir sus amenazas. Por lo cual también hay que recordar esto, para que no les temamos: si les fuera posible hacer lo que quieren, no vendrían como una multitud, ni producirían fantasías, ni se presentarían transfigurados a los hombres, sino que sería suficiente que uno solo viniera e hiciera lo que puede y quiere, especialmente porque quien tiene poder no mata con la imagen ni intimidada con una turba, sino que en seguida utiliza su fuerza como quiere.

28.9. Pero los demonios, no pudiendo hacer nada, jugando como sobre un escenario, cambian de forma y atemorizan a los niños con imágenes de

multitudes y con máscaras. De modo que, por su debilidad, tanto más deben ser despreciados.

28.9. Pero los demonios, que nada pueden, juegan como en el escenario cambiando su aspecto, intimidando a los niños con imágenes de multitudes y con transfiguraciones. Por esto aún más deben ser despreciados como débiles.

28.25-37. ¿Quién posee un pecho tan seguidor de la maldad? ¿Quién intenta ejecutar ardidés tan meditados? Lo sabemos: un impurísimo cadáver. Sabemos cómo: por eso vivimos los Cristianos y es segura nuestra unión contra ti, porque fuiste debilitado por el Señor. Por eso mismo desgarras con tus dardos, porque no sigue a la amenaza su efecto. Y si estamos equivocados, ¿por qué atacas nuestra fe con espanto simulado, por qué con cuerpos enormes? Si siguiera a la voluntad la capacidad, te sería suficiente solo el querer. En efecto, esta es la costumbre de la potencia, no ir tras los auxilios externos del engaño, sino cumplir con su virtud lo que desea. Pero ahora, mientras te esfuerzas con teatral cambio de formas en engañarnos como a niños ignorantes con aparatosa simulación, demuestras con demasiada claridad tus fuerzas exhaustas.

28.10. El verdadero ángel enviado por el Señor contra los asirios no tuvo necesidad de multitudes, ni de imágenes externas, ni de tumultos, ni de sonidos estrepitosos, sino que en silencio hizo uso de su poder, y al instante mató a ciento ochenta y cinco mil hombres⁸⁶. Pero los que nada pueden, tal como son los demonios, intentan atemorizar con fantasías.

28.10. El verdadero ángel enviado por el Señor a los asirios no necesitó una multitud ni imágenes, ni sonidos, ni estrépito, sino que en silencio usó la fuerza y de inmediato mató a ciento ochenta y cinco mil hombres. Pero los demonios, puesto que no tienen ningún poder, (intentan) intimidar al menos con las fantasías.

28.37-42. ¿Es que realmente aquel ángel verdadero enviado por el Señor contra los asirios necesitó la alianza de los pueblos o buscó el sonido o el aplauso? ¿No fue más bien ejerciendo un poder silencioso como postró a un imperio de ciento ochenta y cinco mil enemigos más velozmente que un discurso, junto al Señor que lo ordenaba? Pero a ustedes, como son frágiles en fuerzas, los persigue una ruina perpetua.

86 Cf. 2 R 19,35.

El diablo no puede actuar sin la permisión de Dios

El demonio no tiene poder ni contra los hombres ni contra ningún otro ser de la creación. Esto es lo que nos enseña el AT, con el ejemplo de Job; y el NT, con el ejemplo de los cerdos.

Y si nada puede el Enemigo contra unos animales, es evidente que menos aún contra el hombre, *creado a imagen de Dios*.

La enseñanza a este respecto de la VA es muy importante, porque ilumina nuestra realidad presente: nada puede el demonio contra el ser humano si Dios no se lo permite.

29.1. Si alguien reflexiona sobre la historia de Job, y dice: “¿Por qué el diablo saliendo hizo de todo contra Job: lo despojó de sus bienes, mató a sus hijos y lo hirió con una herida maligna?”⁸⁷, debe saber que no era el diablo, puesto que él no tiene poder, sino Dios que le entregó a Job para que lo probara.

29.1. Si alguien, recordando las cosas que le sucedieron a Job, dijera: “¿Por qué, entonces, el diablo saliendo hizo todo lo que pensó contra Job, le quitó sus posesiones, mató a sus hijos y lo golpeó con una gran herida?”, de nuevo debe saber que no era la fuerza del diablo, que no tiene poder, sino que Dios le entregó a Job para que lo tentara.

29.1-8. Pero alguien dirá: “¿Por qué entonces el diablo salió y arrojó toda la casa del bienaventurado Job a la ruina? ¿Por qué, una vez dispersados todos sus bienes, echando abajo hasta las bases de las paredes, acumuló un solo sepulcro para una numerosa descendencia? ¿Por qué, finalmente, lo golpeó a él mismo con la sorpresa de una herida cruel?”. El que opone esto, que oiga por otra parte que no fue capaz de esto el diablo sino el Señor, de quien se da el

87 Cf. Jb 1,13-22; 2,1-8.

poder contra nosotros en un doble sentido, ya para el castigo –si obramos mal–, ya para la gloria –si somos aprobados–.

29.2. No pudiendo hacer nada, pidió permiso y, recibiendo el poder, después lo hizo.

29.2. Puesto que como era impotente para hacer lo que quería, el diablo pedía obrar contra él y, recibida la potestad, lo hizo.

29.8-10. Antes bien, comprenda de esto que el diablo no sería capaz de nada, ni siquiera contra un solo hombre, si no hubiera recibido el poder del Señor.

29.3. Por eso también tanto más el enemigo ha de ser despreciado, porque, a pesar de sus deseos, nada pudo hacer contra un solo hombre justo. Porque si hubiera tenido el poder no habría pedido permiso, y no solo una vez sino dos, lo que muestra que es débil y que nada puede.

29.3. De donde por esto mismo tanto más se debe despreciar al enemigo, porque aun queriendo, nada pudo, ni siquiera contra un solo hombre justo. Porque si hubiera podido no habría pedido. En cambio, pidiendo una vez y otra se muestra que era débil e impotente en todos los aspectos.

29.10-11. En efecto, nadie ruega a otro lo que es de su propia potestad.

29.4. Y no es admirable si nada pudo hacer contra Job, porque tampoco nada habría sucedido a sus rebaños, si Dios no lo hubiera permitido.

29.4. Y después todas las cosas las hizo no sin tumulto, ruido y presencia de las turbas, lo cual le había sido permitido para probar al justo. ¿Y qué tiene de admirable si nada pudo contra Job, cuando ni contra los rebaños de éste hubiera podido obrar si Dios no lo hubiera permitido?

29.11-12. ¿Pero para qué me acuerdo de Job, al que ni reclamándolo pudo vencer? Ni siquiera contra sus animales de carga.

29.5. Pero tampoco tiene poder alguno contra los cerdos, puesto que, como está escrito en el Evangelio, rogaban al Señor diciendo: “Permítenos

***entrar en los puercos*⁸⁸. Pero si no tienen poder sobre los cerdos, mucho menos tendrán poder contra el hombre creado a imagen de Dios⁸⁹.**

29.5. Pero tampoco contra los cerdos tienen poder. Porque como está escrito en el Evangelio, los demonios rogaban al Señor diciendo: “Al menos permítenos entrar en los cerdos”. Pero si no tienen poder sobre los cerdos, mucho más no lo tienen sobre los hombres, que han sido creados a imagen de Dios.

29.12-17. Ni contra los cerdos –en el Evangelio– usó la fuerza propia sin el permiso de Dios, como está escrito: “Mas los demonios le rogaban diciendo: Si nos expulsas, envíanos a la pira de cerdos”. Así pues, ¿cómo los que piden muertes de cerdos podrán pervertir por derecho propio al hombre, imagen de Dios y ser vivo tan querido para el Creador?

La ascesis y la vida virtuosa son nuestras armas contra el Maligno

A Dios únicamente debemos temer, no a los demonios. A estos hay que despreciarlos y no prestarles atención. Pero es necesario, para no caer en sus engaños, reforzar siempre más nuestra ascesis, es decir nuestro ejercicio de la vida cristiana, que se puede resumir en una vida recta y la fe en Dios. Sobre este fundamento se agregan:

- los ayunos
- las vigilias
- la *dulzura* (o: mansedumbre, humildad, amabilidad: *praos*)
- la *hesiquía* (calma, tranquilidad, quietud, sosiego [2 Ts 3,12], paz)
- desprecio del dinero
- y de la vanagloria
- humildad

88 Mt 8,31; Mc 5,12; Lc 8,32.

89 Cf. Gn 1,26-27; 5,1; 9,6.

- caridad para con los pobres
- limosnas
- paciencia.

Los demonios temen estas obras, pero sobre todo se espantan ante el nombre de Cristo, y ante nuestra veneración a su persona. Hacen entonces todo lo que pueden para evitar que los podamos vencer y pisotearlos merced a la gracia que nos ha regalado nuestro Salvador.

30.1. Solo a Dios debemos temer⁹⁰ y, por el contrario, despreciar a los demonios y no prestarles ninguna atención. Pero también cuanto más hagan este tipo de cosas, más debemos acrecentar nuestra ascesis contra ellos.

30.1. Por tanto, solo a Dios se debe temer. En cambio, los demonios deben ser despreciados y totalmente despreciados; y mucho más cuando hacen esas cosas, nosotros ampliemos contra ellos nuestra ascesis.

30.2. Una vida recta y la fe en Dios son el mayor escudo contra ellos⁹¹. De los ascetas temen sus ayunos, sus vigili­as, su oración, su dulzura, su *hesiquía*, su desinterés por el dinero y por la vanagloria, su humildad, su amor a los pobres, sus limosnas, su paz, y especialmente su veneración por Cristo.

30.2. Porque la vida recta y la fe en el Señor por Jesucristo y el Espíritu Santo son un gran escudo contra ellos. Puesto que de los que se esfuerzan según Dios⁹² temen los ayunos, las vigili­as, las oraciones, la mansedumbre, la simplicidad, la no ficción, cuando no tienen deseo del dinero, la humildad de sentimientos, el amor de los pobres, las obras de misericordia⁹³, cuando no se enardecen por la ira y sobre todo [temen] la veneración por Cristo.

90 Cf. 2 Co 7,1.

91 Cf. Ef 6,16: *scutum fidei* (Vita, p. 219, 5).

92 O: de los ascetas (*studentium secundum Deum*).

93 Cf. Lc 11,41 (Vita, p. 219, 10).

30.1-6. Amadísimos, son grandes armas contra los demonios la vida pura y la fe no quebrantada en Dios. Créanle a quien lo ha experimentado. Satanás teme mucho las vigilias de los que viven rectamente, sus oraciones, sus ayunos, su mansedumbre, su pobreza voluntaria, su desprecio de la vanagloria, su humildad, su misericordia, su dominio de la ira y especialmente su amor puro a Cristo.

30.3. Por esto realizan todo tipo de insidias, para no ser pisoteados por ellos. Pues saben que el Salvador ha concedido a los fieles una gracia contra ellos cuando ha dicho: *He aquí que yo les he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo*⁹⁴.

30.3. Por eso los demonios hacen toda clase cosas adversas contra los fieles para así poder hacerlos caer, pero no tienen poder, y para que no haya quien los pisotee. Puesto que saben que a los fieles les ha sido dada la gracia de Dios contra ellos, diciendo el Señor: “He aquí que yo les he dado poder para pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo”.

30.6-9. En efecto, la repugnante serpiente sabe que yace bajo el pie de los justos por precepto del Señor, que dice: “He aquí que les di poder para pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo”.

Falsas predicciones del futuro

Un ardid al cual recurre con frecuencia nuestro Enemigo es el de las falsas predicciones. Intenta engañarnos con anuncios de hechos por venir. Se trata siempre de avisos anteriores a los eventos que van a suceder, no de profecías.

Como los demonios tienen mucha capacidad de movilidad, por ser seres con una conformación muy leve o sutil, pueden avisar la llegada de una persona con bastante antelación a su arribo⁹⁵. Pero incluso en esto son falibles, y pueden equivocarse, por lo cual no hay que creerles ni prestarles atención.

94 Lc 10,19; cf. Sal 90 (91),13.

95 Agustín de Hipona resume con claridad la forma en que los Padres de los primeros siglos

31.1. Si también fingen predecir el futuro, que nadie les haga caso. Porque muchas veces anuncian con antelación la llegada de los hermanos, y éstos vienen. Hacen esto no porque se preocupen de los que los escuchan, sino para ganar su confianza y llevarlos a la perdición, cuando ven que han sido sometidos.

31.1. Si fingen predecir el futuro, no nos concierne a nosotros. Porque a menudo dicen unos días antes que algunos días después (llegarán) los hermanos, y vienen. Fingen esto no porque tengan preocupación de los oyentes, sino para obrar en modo de llevarlos a la perdición cuando ven que les creen y además los tienen sometidos.

31.1-5. Pero incluso si, simulando poseer el don de adivinación, anunciaran que vienen unos hermanos y llegan los hermanos que habían predicho que vendrían, ni así debe darse fe a las mentiras; en efecto, para esto se anticiparon a los que venían, para que por el anuncio se les diera crédito y después la entrada por haber creído el engaño.

31.2. No conviene prestarles atención, sino rechazarlos cuando hablan, ya que no los necesitamos. ¿Por qué admirarse si ellos, porque están dotados de un cuerpo más leve que el de los hombres, cuando ven que alguno emprende un viaje, lo preceden a la carrera y anuncian su llegada?

31.2. De donde no conviene prestarles atención, sino más bien rechazarlos mientras hablan, porque no es obra de nosotros su conocimiento del futuro.

explicaban este tema: “La naturaleza de los demonios es tal que por la sensibilidad de los cuerpos etéreos son superiores fácilmente a la sensibilidad de los cuerpos terrenos. Además, por la rapidez debida a la movilidad superior del mismo cuerpo etéreo aventajan sin comparación no solo a la carrera de cualesquiera hombres o fieras, sino hasta al vuelo de las aves. Dotados de esta doble facultad en cuanto pertenece a un cuerpo etéreo, es decir, de la agudeza sensitiva y de la rapidez de movimientos, pueden predecir o anunciar muchos acontecimientos conocidos por ellos con anterioridad, los cuales causan admiración a los hombres debido a la torpeza de la sensibilidad terrena. Los demonios, por el tiempo tan largo que tienen de vida, han adquirido una experiencia de las cosas mucho mayor que la que pueden adquirir los hombres en la brevedad de su existencia. Por estas propiedades que la naturaleza del cuerpo etéreo ha recibido, los demonios no solo predicen muchas cosas futuras, sino que hacen también muchas cosas extraordinarias” (*Sobre la adivinación diabólica* 3,7; trad. en: https://www.augustinus.it/spagnolo/potere_divinatorio/index2.htm).

¿Qué hay de admirable si los demonios, teniendo un cuerpo más tenue que el revestimiento de los hombres, viendo a las personas que comienzan a caminar, los anteceden gracias a la velocidad y la ligereza de sus cuerpos, y anuncian la noticia?

31.5-7. En esto verdaderamente no debe haber nada admirable para un cristiano, pues no solo los que corretean por todos lados gracias a la levedad de su naturaleza pueden anticiparse a los que caminan.

31.3. También el hombre que monta a caballo, puede anunciar antes que el que va a pie. Por consiguiente, no debemos admirarlos. Puesto que no saben de antemano lo que todavía no se ha realizado, sino que solamente Dios conoce todo antes de que suceda⁹⁶.

31.3. También el hombre que monta a caballo, precediendo al que viaja a pie, anuncia lo que sucederá. Por donde en esto no hay que admirarlos. Porque no pueden saber de antemano lo que todavía no sucedió. En efecto, Dios es el único que sabe todas las cosas antes que sucedan.

31.7-10. También los hombres llevados por la velocidad de los caballos anuncian a los que llegarán. En efecto, no relatan los hechos que aún no han comenzado a suceder –porque solo Dios es conocedor del futuro–.

31.4. Corriendo por delante como ladrones, anuncian lo que ven. ¿A cuántos anuncian ahora lo que nosotros hacemos: que nos reunimos y que hablamos contra ellos, antes de que alguno de nosotros parta para contarlo?

31.4. Los demonios, en cambio, como los ladrones, atendiendo a lo que ven, también lo anuncian. ¿A cuántos anuncian nuestras obras: anuncian que nos reunimos y cómo (hablamos) contra ellos, antes que alguno de nosotros salga y lo anuncie?

31.10-14. De aquellos [hechos] cuyo inicio observan en el acto, de esos se atribuyen el conocimiento como ladrones entre ignorantes. Pues, ¿cuántos creen ustedes que, con velocidad de niños, avisan ahora de esta reunión y de

96 Cf. Dn 13,42.

nuestros discursos contra ellos a los que permanecen lejos, antes de que se relate algo afirmado aquí?

31.5. Pero esto también puede hacerlo un niño muy veloz y adelantar al que camina despacio. Lo que quiero decirles, es esto: si alguien se pone en camino por la Tebaida o por otra región, antes de que se ponga a caminar, los demonios no saben si él va a ponerse en camino. Pero cuando lo ven de camino, lo adelantan corriendo y, antes de que él llegue, anuncian su llegada.

31.5. Pero esto podría hacerlo también un joven veloz corriendo, precediendo al que camina despacio. Lo que quiero decir es esto: si alguien comienza a caminar por la Tebaida, viéndolo caminar, lo preceden antes que llegue y preanuncian su llegada. Pero antes de que se disponga a caminar, nada sabían.

31.14-15. Lo que digo podrá aclararse con estos ejemplos. Si alguien comenzara a marchar desde la Tebaida o desde un pueblo de alguna región...

31.6. Y a los pocos días llega, como los demonios habían anunciado; pero muchas veces aquellos que viajan, regresan y los demonios quedan mentirosos⁹⁷.

31.6. Y sucede que, según lo anunciaron los demonios, una persona llegue después de unos días. Pero a menudo aquellos que habían anunciado que llegarían, por alguna necesidad regresan, y aquellos son hallados mentirosos.

31.15-17. ... y los demonios que ya lo han visto andar por el camino, por su recordada ligereza, pueden predecir que viene.

Los demonios pueden anunciar únicamente lo que ya han visto

Los demonios tampoco pueden predecir el futuro, sino solamente anunciar lo que ya han visto con anticipación, gracias a su sutilidad y enorme movilidad. Se trata de una especificación a lo dicho con anterioridad.

97 O: y se engañan.

Antonio insiste una y otra vez en las importantes limitaciones que tienen los demonios, y que los hacen muchas veces impotentes en sus combates con los seres humanos. Por eso nunca hay que prestarles atención. Justamente su gran triunfo consiste en que nosotros les creamos o aceptemos sus anuncios.

32.1. Del mismo modo a veces dicen tonterías sobre el agua del río. Cuando ven que llueve abundantemente en la tierra de Etiopía, sabiendo que con estas lluvias se desborda el río, adelantándose dicen que habrá inundaciones antes de que el agua llegue a Egipto.

32.1. A menudo anuncian la verdad sobre lo que sucederá con el río. Porque viendo las grandes lluvias caídas en la tierra de Etiopía, saben que de estas mismas lluvias depende la abundancia del río; y prediciendo el agua que irá a Egipto, dicen que habrá inundación (*dicunt aquam futuram*).

32.1-4. Así también con la inundación habitual del Nilo: al ver en Etiopía muchas lluvias con las que el río, creciendo fuera del lecho, suele desbordarse, anuncian la llegada de la riada corriendo antes hacia Egipto.

32.2. Esto mismo podrían anunciarlo los hombres, si pudieran correr tanto como ellos.

32.2a. Esto lo podrían haber hecho los hombres, si tuvieran la misma fuerza que ellos para correr.

32.4-5. Esto también lo anunciarían fácilmente los hombres, si por naturaleza fuese tan rápida su velocidad.

32.3. Como el centinela de David, subido a un lugar elevado⁹⁸, veía al que venía mejor que el que estaba abajo; y el que se adelantaba corriendo anunciaba antes que los otros, no lo que todavía no había sucedido, sino lo que ya había comenzado a suceder; así también los demonios se esfuerzan por hacer saber⁹⁹ y se informan los unos a los otros, tan solo para engañar.

98 Cf. 2 S 18,24.

99 Lit.: se toman el trabajo.

32.2b. Como el centinela de san David subió a lo alto y vio llegar al mensajero antes que el que estaba establecido en las partes inferiores, así también (hacen) ellos.

32.3. Y el mensajero se adelantaba corriendo a los otros para anunciar qué había sucedido o qué no había ocurrido. Y ciertamente anunció lo ya acaecido. Así también los demonios eligen para sí el esfuerzo de predecir (los hechos) solamente para seducir a los que les creen.

32.5-9. *En efecto, así como el explorador de David, ascendiendo hasta la cima de un lugar bastante alto, viendo a los que venían antes que estos que estaban en la tierra, no anunciaba nada incierto acerca de los hechos futuros, sino que anunciaba acerca de los que habían empezado a venir, así también los demonios aéreos, examinando todas las cosas con preocupación siempre vigilante, se las anuncian entre sí en rápida carrera.*

32.4. Pero si la Providencia entretanto decide algo distinto acerca de las aguas o del que iba de camino, porque le es posible hacerlo, los demonios quedan por mentirosos; y aquellos que les prestaron atención son engañados.

32.4. Pero si la Providencia de Dios dispone de otro modo respecto de lo que habían visto y anunciado los demonios sobre las aguas del río o sobre quien caminaba, estos son hallados mentirosos; y los que escucharon sus palabras, como si hombres santos anunciaran la luz, son seducidos y engañados.

32.9-13. *Pero si por casualidad sucediera que las cosas comenzadas no llegan a su fin por designio de Dios –esto es, si el viajante regresa a mitad del camino o si las aguas suspendidas en las nubes son llevadas a otra región del cielo¹⁰⁰– entonces el error de los que engañan se manifiesta juntamente con los que lo creen.*

No prevén, sino que conjeturan

100 Cf. Jb 26,8. 11 (Vulgata).

De gran importancia son las afirmaciones que se nos ofrecen en este párrafo.

Ante todo, la clara enseñanza que el Señor Jesús ya ha vencido al diablo y sus secuaces, basada en dos textos: 1 Co 2,6 (*los dominadores de este mundo, condenados a la destrucción*); y Hb 2,14 (*para reducir a la impotencia, mediante su muerte, a aquel que tenía el dominio de la muerte, es decir, al demonio*).

En segundo lugar, el demonio conjetura, no profetiza. Se reafirma lo ya antes señalado (ver el capítulo precedente). Y se insiste en que no debemos prestar atención a ninguna palabra o acción que proceda del adversario del bien y la verdad.

Por último, no es importante tener muchos conocimientos o estar informado sobre todo lo que sucede a nuestro alrededor, lo realmente necesario es mantener la fe y vivir conforme a las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, observando sus mandatos. Ambas aseveraciones se fundan en textos de las cartas pastorales (2 Tm 4,7: *he conservado la fe*; 1 Tm 6,14: *observa lo que está prescrito, manteniéndote sin mancha e irreprochable hasta la Manifestación de nuestro Señor Jesucristo*).

33.1. Así pudieron existir los oráculos de los paganos¹⁰¹, y así ellos antes fueron engañados por los demonios; pero el engaño ya ha terminado, porque ha venido el Señor que ha destruido los demonios junto con su astucia¹⁰².

33.1. Así pudieron existir por un tiempo las adivinaciones¹⁰³ de los paganos, y así por lo demás fueron engañados por ellas, pero el error ya ha sido vencido. Porque vino el Señor que eliminó con sus astucias a los demonios mismos.

33.1-4. Estos fueron los principios del paganismo: en otro tiempo, con estos engaños de presagios se creían en los templos de los demonios los

101 Lit.: helenos.

102 Cf. 1 Co 2,6; Hb 2,14.

103 Cf. Pr 16,10: *divinatio* (Vulgata); Vita, p. 221, 2.

oráculos, los cuales, cuando se les impuso silencio con la llegada de nuestro Señor Jesucristo, enmudecieron y perdieron a sus cautivos.

33.2. Estos, en efecto, no saben nada por sí mismos, sino que, como ladrones, dan a conocer lo que han visto en otros; y más bien conjeturan los hechos más que conocerlos de antemano. Por eso, aunque algunas veces digan la verdad, nadie debe admirarlos.

33.2. Y nada saben por sí mismos, sino que, como ladrones, lo que ven en otros, lo manifiestan como hecho por ellos, y son más bien conjeturadores que precognoscentes. De donde, aunque si alguna vez dicen la verdad sobre ciertas cosas, nadie debe asombrarse de ellos.

33.3. También los médicos que tienen la experiencia de las enfermedades, cuando ven en otros la misma enfermedad, con frecuencia, basándose en la experiencia, dan un pronóstico.

33.3. Puesto que también los médicos tienen experiencia de las enfermedades, y si ven en algunos la enfermedad que han visto en otros causando la muerte, o produciendo otros efectos, predicen, conjeturando por la costumbre, lo que sucederá, y a menudo sucede según lo que dicen.

33.4-7. ¿Quién cree, pregunto, que por la observación de las enfermedades un médico tiene un conocimiento divino cuando explora el pulso de las venas con suave presión de los dedos los fuegos de una respiración ardiente?

33.4. Del mismo modo el timonel de una nave y los agricultores, al observar el estado del aire, predicen según la costumbre la tempestad o el buen tiempo, y por esto nadie piensa que han hablado por inspiración divina, sino gracias a la experiencia y a la costumbre.

33.4. También del mismo modo el timonel y el agricultor, viendo el estado del aire, según la costumbre, predicen una futura tempestad; y no por esto alguien puede considerar que lo dicen como adivinos, sino por la costumbre y la experiencia.

33.7-11. ¿Quién venera con honor de majestad a un piloto que busca la ruta de su navegación entre las estrellas del cielo? ¿Quién, más que consagrarlo

con el título de dios, no alaba por su experiencia al agricultor que diserta sobre los secos ardores del verano o sobre la abundancia de las aguas en invierno o sobre el frío?

33.5. Por esto, si los demonios también haciendo conjeturas predicen cosas de este tipo, por esa causa nadie debe admirarlos ni prestarles atención. ¿Qué utilidad hay para los que escuchan saber con antelación de algunos días lo que va a suceder? ¿Qué prisa hay en conocer estas cosas, aunque sean verdad¹⁰⁴? Porque esta facultad no procede de la virtud, ni es en modo alguno señal de una buena conducta.

33.5. Por tanto, si también los demonios, conjeturando, predicen alguna cosa, nadie debe admirarse ni prestarles atención. ¿Qué provecho se puede sacar escuchando, si se escucha a los demonios, aunque digan cosas verdaderas, este conocimiento qué virtud produce o qué costumbres señala?

33.11-14. En verdad, aunque concedamos por un momento que los demonios anuncian hechos verdaderos, respóndanme: ¿Cuál es el provecho de conocer las cosas que vienen? ¿Acaso alguna vez es alabado el que sabe estas cosas o es castigado el que no las sabe?

33.6. Ninguno de nosotros será juzgado por desconocerlas, ni será llamado bienaventurado por haber aprendido o conocer tales cosas, sino que cada uno de nosotros será juzgado por esto: si ha conservado la fe¹⁰⁵ y ha guardado fielmente los mandamientos¹⁰⁶.

33.6. Puesto que ninguno de nosotros será juzgado porque no sabe, ni será llamado bienaventurado porque ha aprendido o conoce ciertas cosas, sino que por esto será juzgado cada uno: si ha conservado la fe, si ha observado los mandamientos.

33.14-17. En esto se prepara cada uno los tormentos o la gloria, en si pasa por alto los mandamientos de las Escrituras o si los realiza. Ninguno de nosotros adoptó esta forma de vida para tener conocimiento anticipado de

104 Lit.: aunque (sean) un conocimiento verdadero.

105 Cf. 2 Tm 4,7.

106 Cf. 1 Tm 6,14.

*hechos futuros, sino para que, obedeciendo los preceptos del Señor, comience a ser amigo de esclavo que era*¹⁰⁷.

La tarea del monje es adquirir la pureza del corazón

Entramos ya en la parte final del largo sermón/discurso de san Antonio. En esta última sección se nos presentarán los temas fundamentales del monacato cristiano.

Ante todo, el *carisma* del seguimiento de Cristo en la vida monástica: *la pureza de corazón* (cf. Mt 5,8). Es muy significativo que sea una de las *bienaventuranzas* la que se nos proponga. Purificar el alma, el corazón, la mente, el espíritu, es el acceso seguro a la contemplación de los misterios de nuestra fe. El ejemplo de Eliseo, considerado por la tradición monástica como un *protomonje*, refuerza la idea del conocimiento superior, profético, que recibe quien permite que el Señor lo purifique (cf. Sal 14 [15]; 23 [24],3-6). La pureza de corazón debe ser la meta a la que aspira con particular intensidad el monje/la monja cristiano/a, su gran *deseo*.

34.1. No se debe dar importancia a estas cosas, ni practicar la ascesis ni esforzarnos, para conocer el futuro, sino para agradar perfectamente a Dios¹⁰⁸. Es necesario orar no para predecir el futuro, ni exigirlo como recompensa por nuestra ascesis, sino para que el Señor nos ayude¹⁰⁹ a vencer al diablo.

34.1. No conviene ocuparse, esforzarse y trabajar (o: practicar la ascesis; *laborare*) para tener conocimiento del futuro, sino para agradar a Dios. Y oremos al Señor, no para que nos dé conocimiento del futuro, y no lo pidamos como

107 Cf. Jn 15,14-15.

108 Cf. 1 Ts 4,1.

109 Cf. Mc 16,20.

recompensa de nuestros trabajos ascéticos, sino para que el Señor sea nuestro cooperador¹¹⁰ contra el diablo.

34.1-4. No debe procurarse saber anticipadamente los hechos que vendrán, sino cumplir los mandatos que han sido ordenados, y no exigir esta gracia de un buen modo de vida, pues mejor debemos pedir la victoria contra el diablo al Señor auxiliador.

34.2. Pero si alguna vez nos preocupa conocer el futuro, purifiquemos nuestro espíritu¹¹¹; porque yo creo que un alma totalmente purificada y en armonía natural, puede percibir y ver mucho más que los demonios, teniendo al Señor como revelador.

34.2. Pero si también nos conviene eso, que tengamos conocimiento del futuro, purifiquemos nuestro espíritu (lit.: mente). Porque creo que el alma completamente purificada y restituida a su naturaleza (lit.: constituida en su propiedad), ve más que lo que ven los demonios.

34.4-7. Pero si por casualidad alguien acepta de buen grado conocer hechos futuros, tenga un corazón puro porque creo que el alma que sirve a Dios, si persevera en aquella integridad con la que nació, puede conocer más que los demonios.

34.3. Tal era el alma de Eliseo que veía de lejos los actos de Guejazí¹¹² y las potestades¹¹³ estaban a su alrededor¹¹⁴.

34.3. Un alma como ésta tendrá al Señor como revelador, del mismo modo que el alma de Eliseo veía de lejos las acciones de Guejazí (lit.: Giezi) y las potestades que estaban cerca (o: alrededor) de ella custodiándola.

110 Cf. 1 Co 3,9 (Vetus Latina); Vita, p. 222, 5: “*cooperarius*: esta palabra solo figura entre los autores cristianos”.

111 O: mente (*dianoia*); que también puede traducirse por: entendimiento, corazón, etc.

112 Cf. 2 R 5,26.

113 O: ejércitos.

114 Cf. 2 R 6,17. “El párrafo alude a dos episodios bíblicos: por gracia de Dios, Eliseo ve el engaño que su siervo, Guejazí, realiza lejos de él [2 R 5,26]; y vislumbra los caballos y los carros de fuego que Dios manda para defenderlo de los enemigos [2 R 6,17]” (Vita, pp. 222-223, 11-13).

34.7-8. *Así era el alma de Eliseo, la cual veía fuerzas desconocidas para otros.*

El discernimiento de espíritus

La importancia del discernimiento en la vida monástica cristiana queda claramente expresada en este capítulo de la VA. Se trata de un don del Espíritu, que nos permite distinguir-discernir la presencia de los buenos y malos espíritus. Nos ayuda en todo momento a ordenar nuestra vida según Dios, desde la fe.

Además, nos enseña a no temer a los malos espíritus, y a reverenciar a los ángeles, que no vienen a atemorizarnos, sino que nos enseñan el camino de la reverencia, del asombro ante las maravillas del amor salvífico de Dios.

35.1. Por tanto, cuando los demonios vengan por la noche y quieran hablarles de cosas futuras o les digan: “Somos ángeles”¹¹⁵, no les presten atención porque mienten. Y si elogian la ascesis de ustedes y los llaman bienaventurados, no los escuchen ni les hagan caso.

35.1. Cuando, por tanto, vengan hacia ustedes de noche, y quieran revelarles el futuro, o digan: “Nosotros somos ángeles”, no los escuchen. Porque mienten. Y si alaban la vida ascética de ustedes y los llaman bienaventurados, no les respondan, ni les presten atención.

35.1-3. Ahora ya les explicaré los otros engaños del demonio. Viniendo por la noche, suelen fingir que son ángeles de Dios, alabar el esfuerzo, admirar la perseverancia, prometer premios futuros.

35.2. Al contrario, hagan la señal de la cruz sobre ustedes y la casa, oren y verán que desaparecen.

35.2. Por el contrario, sígnense ustedes y la casa, y oren, y verán que desaparecerán. Puesto que son cobardes, y muy temerosos.

35.3-5. Cuando vean a estos, ármense ustedes y sus moradas con el signo de la cruz¹¹⁶. E inmediatamente se disolverán en la nada.

35.3. Porque son cobardes y temen mucho el signo de la cruz del Señor, ya que el Salvador en ella los despojó y los expuso a la infamia¹¹⁷. Pero si persisten desvergonzadamente con bailes y fantasías variadas, no se acobarden ni se asusten, y no les presten atención como si fueran buenos (espíritus).

35.3. Y temen el signo de la cruz del Señor, porque por su intermedio el Salvador los despojó y triunfó sobre ellos. Pero si permanecen impudicamente bailando y haciendo variadas fantasías, no teman ni sucumban, ni los escuchen como a (ángeles) buenos.

35.5-9. Porque temen aquel trofeo en el cual el Salvador, despojando las fuerzas del aire, las convirtió en signo de desprecio. También suelen retorcer los miembros en danzas variadas y ofrecerse procazmente a la vista para agitar el alma con terror, el cuerpo con temblor. Pero también en esto la fe segura en Dios los ahuyenta como a débiles ridiculeces.

35.4. Puesto que, si Dios lo concede, es fácil y posible distinguir la presencia de los malos espíritus y de los buenos. La visión de los (ángeles)¹¹⁸ santos no perturba. Pues no disputará ni gritará, ni oirá nadie su voz¹¹⁹. Su presencia es tan serena y suave (o: dulce) que en seguida aparecen en el alma el gozo, la alegría y la confianza.

35.4. Con la ayuda del Señor es posible saber la diferencia de la llegada de los malos y buenos (espíritus). La llegada de y la visión de los santos no es causa de turbación. Porque está escrito: “No peleará, ni clamará y nadie oirá su voz”;

116 Cf. Ex 12,23 (*moradas... signo*).

117 Cf. Col 2,15.

118 Cf. SCh 400, p. 231, nota 2.

119 Is 42,2; Mt 12,19.

sino que su llegada sucede de este modo: con serenidad y suavidad; en tanto que aparece en el ánimo súbitamente la alegría, la exultación y la fe.

35.9-14. No es difícil la distinción entre espíritus buenos y malos, la cual, si Dios lo concede, se manifestará así: el aspecto de los santos ángeles es amable y tranquilo, porque “no luchan ni gritan ni nadie oye su voz”; sino que, avanzando silenciosa y suavemente, infunden gozo, entusiasmo y confianza en los corazones.

35.5. Porque con ellos está el Señor¹²⁰, que es nuestro gozo y la fuerza de Dios Padre¹²¹. Los pensamientos del alma permanecen sin turbación y agitación, de modo que el alma iluminada contempla por sí misma a aquellos que se le aparecen. La invade el deseo de las realidades divinas y de los bienes futuros, y el alma anhela unirse a ellos, si puede irse con ellos.

35.5. Porque con ellos está el Señor, que es nuestra alegría, y el Hijo que es la potencia del Padre. Los pensamientos comienzan a permanecer sin turbación ni fluctuación, así como el alma iluminada en sí misma (o: por una luz interior) ve presentes a los que se le aparecen. En seguida se introduce el deseo de las realidades divinas y de los bienes futuros, y ya el alma quiere adherirse a ellos e irse con ellos.

35.14-19. Puesto que el Señor, que es fuente y origen de la alegría¹²², está con ellos. Entonces nuestra mente no está turbada, sino que resplandece suave y plácida con la luz de los ángeles; entonces el alma, flameando por el anhelo de los premios celestiales, tras romper –si pudiese– la morada del cuerpo humano y liberada de los miembros mortales, se apura hacia el cielo con estos a los que ve alejarse.

35.6. Si algunos, como hombres que son, temen la aparición de los espíritus buenos, éstos disipan el temor con el amor que manifiestan, como

120 Cf. Mt 1,23; Rm 8,31.

121 Cf. Rm 1,16; 1 Co 1,18. 24.

122 Cf. Sal 29 (30),12; Is 51,3.

hizo Gabriel con Zacarías¹²³, y el ángel que se apareció a las mujeres en el divino sepulcro¹²⁴, y el que en el Evangelio dice a los pastores: *No teman*¹²⁵.

35.6. Pero si, como hombres, temen las visiones de los (espíritus) buenos, estos mismos quitan el temor por medio del amor, como hizo Gabriel con Zacarías, y el ángel que se apareció en el sepulcro a las mujeres, y aquel que se apareció a los pastores diciendo: “No teman”.

35.19-25. Es tanta la benignidad de estos que, si alguien por la condición de la fragilidad humana fuera aterrado por su brillo, enseguida quitarán del corazón todo miedo. Así Gabriel, cuando hablaba a Zacarías en el templo, y los ángeles, cuando anunciaban a los pastores el divino parto de la Virgen, y los que hacían guardia ante el cuerpo del Señor, mostrándose a las almas tranquilas de los que los veían, les ordenaban no temer¹²⁶.

35.7. Puesto que el temor que se tiene de los ángeles no (procede) del temor del alma, sino de la toma de conciencia de la presencia de seres superiores. Tal es la visión de los santos.

35.7. El temor de los santos ángeles no es confusión del alma, sino que más bien esto hace que conozca en (su) interior la presencia de seres mejores que ella.

35.26-27. En efecto, a menudo el miedo es suscitado no tanto por el pavor del alma como por el aspecto de las cosas grandes.

Signos que manifiestan la presencia de los buenos o malos espíritus

Notas características de la acción de los demonios en contra de los seres humanos es el tumulto, los ruidos, el estrépito, los gritos. Por medio de tales procedimientos provocan “el desorden de los pensamientos” y de las costumbres.

123 Cf. Lc 1,13.

124 Cf. Mt 28,5.

125 Lc 2,10.

126 Cf. Mt 28,5; Mc 16,6; Lc 1,13; 2,10.

Este tema del *tumulto* como una manifestación no grata a Dios, lo hallamos en la *Primera Carta a los Corintios*, en los capítulos 11,2—14: “Dios no es un Dios de tumulto, sino de paz” (1 Co 14,33)¹²⁷. Y nos muestra con claridad la fuerte impronta bíblica del la *Vita Antonii*.

Por el contrario, la alegría y la firmeza del alma son obra del Espíritu Santo.

36.1. Por el contrario, la incursión y la aparición tumultuosa de los espíritus malos vienen acompañadas de estrépito, ruidos y gritos, como sucedería con los movimientos de los niños maleducados y de los ladrones.

36.1. Pero el rodar de una parte a otra y las fantasías turbadas, con ruido y tumulto es propio de los malos (espíritus), del mismo modo que en los juegos de los niños indisciplinados o en los movimientos de los ladrones.

36.1-3. Pero los rostros de los más perversos son amenazantes; sus ruidos, horribles; sus pensamientos, sucios; las palmadas y movimientos, como de adolescentes indisciplinados o de ladrones...

36.2. Al momento se produce el temor del alma, la agitación y el desorden de los pensamientos, la tristeza, el odio contra los ascetas, la *acedia*, la tristeza, el recuerdo a los familiares, el temor a la muerte; y después los malos deseos (o: el deseo de las cosas malas), la negligencia respecto de la virtud y el desorden de las costumbres.

36.2. Por donde de inmediato hacen trepidar el alma, con la agitación, los pensamientos sin orden, la tristeza, el odio hacia los que se esfuerzan en el bien, la *acedia*, los recuerdos de los familiares, la defección respecto de la virtud y la inestabilidad de las costumbres.

36.3-6. ... y de ellos enseguida se infunde el temor en el alma, la torpeza en los sentidos, el odio a los monjes, la tristeza, el tedio, el recuerdo de los

127 Lit.: “Porque Dios no es de tumulto, sino de paz”. El vocablo *tumulto* (*akatastasia*), puede traducirse asimismo por: trastorno, agitación, confusión, desorden (cf. 2 Co 12,20), desconcierto o inconstancia (cf. St 3,16).

propios, el miedo a la muerte, el deseo de vanidad, la fatiga de la virtud, el endurecimiento del corazón.

36.3. Por eso, si sienten temor ante una visión, si en seguida ese temor se aleja y en su lugar se produce un gozo inexpressable, confianza, coraje, alivio, tranquilidad de pensamientos y otras cosas que ya he dicho, la fortaleza y el amor a Dios, tengan ánimo y oren.

36.3. Por tanto, cuando vean algo que atemoriza, si al momento el temor fuere quitado, y en vez del temor aquel se produce un gozo inenarrable y la alegría del ánimo, con confianza, alivio y (si) los pensamientos estuvieran ordenados, y lo demás que dijimos: la virtud y el amor de Dios, tengan confianza y oren.

36.6-9. Así pues, si después del miedo concebido con temblor sobreviene el gozo, la confianza en Dios y la caridad inefable, sepamos que ha venido el auxilio, porque la tranquilidad del alma es indicio de la Majestad presente.

36.4. Porque la alegría y la firmeza del alma indican la santidad del que se presenta. Así Abrahán viendo al Señor, se regocijó¹²⁸; y Juan saltó de gozo al oír la voz de María, la Madre de Dios¹²⁹.

36.4. Puesto que el ánimo que permanece en el bien y la alegría indica la santidad del que se presenta. Así, Abraham temiendo a Dios, exultaba; y Juan, después de oír la voz de María, que engendró al Salvador, saltó de alegría.

36.9-12. Pues así también el patriarca Abraham, viendo a Dios, se regocijó y Juan, al sentir que había llegado María, la que en el sagrado hospicio del vientre gestaba al padre del universo, aún no nacido saltó de gozo.

36.5. Pero si al aparecer ciertas visiones se produce agitación y ruidos externos, fantasías mundanas, amenazas de muerte y todas aquellas cosas que ya he dicho, sepan que irrumpieron los espíritus malvados.

128 Cf. Jn 8,56.

129 Cf. Lc 1,41. 44.

36.5. En cambio, si algunas apariciones producen la turbación, el ruido exterior, las fantasías mundanas y las amenazas de muerte, y lo que dije antes, sepan que han llegado los (espíritus) malvados.

El ejemplo del Señor Jesús en la lucha contra los demonios

El temor es un signo de la presencia de los enemigos del alma, en tanto que el Espíritu Santo expulsa el miedo; así lo confirman el ejemplo de la Virgen María, de Zacarías y de las mujeres en el sepulcro de Cristo¹³⁰.

La finalidad de los demonios es mantener a los seres humanos en el temor y así obligarlos a que les rindan culto. Pero el Señor Jesús nos ha indicado el camino a seguir: adorar solo a Dios.

37.1. Y sea señal también para ustedes esto: cuando el alma continúa temerosa, están presentes los enemigos. Porque los demonios no quitan el temor de estos hombres, como sí hizo el gran arcángel a María¹³¹ y Zacarías¹³², y aquel otro que se apareció a las mujeres en el sepulcro¹³³.

37.1. Y esta sea la señal para ustedes: cuando persevera en el alma el temor, los (espíritus) malvados y enemigos están presentes. Porque los demonios no quieren quitarles el temor a estos hombres, como hizo el gran ángel con María y Zacarías, y aquel que (se apareció) a las mujeres en el sepulcro.

37.1-3. Pero si el temor infundido permanece, es el enemigo el que se ve, porque no sabe reconfortar, como Gabriel ordena a la Virgen asustada que no tema, así como alivian los ángeles a los pastores¹³⁴.

130 En su versión Evagrio agrega los pastores, y deja fuera a Zacarías.

131 Cf. Lc 1,30.

132 Cf. Lc 1,13.

133 Cf. Mt 28,5.

134 Cf. Lc 2,9-10.

37.2. Por el contrario, si los ven temerosos, aumentan sus fantasías para asustarlos lo más posible, y siguen atacando y se burlan de ellos diciendo: “Póstrense y adórennos”¹³⁵.

37.2. Al contrario, cuando ven a los hombres temblando, aumentan las fantasías, para intimidarlos aún más, y además burlarse de ellos atacándolos diciendo: “Caigan (de rodillas) y adórennos”.

37.3-5. Y aún más, duplica el terror y empuja hasta la profunda fosa de la impiedad, para que los hombres se postren ante él.

37.3. Así engañaron a los paganos; puesto que entre éstos fueron considerados falsamente dioses. Pero el Señor no ha permitido que nosotros fuéramos engañados por el diablo, porque cuando ante Él produjo tales fantasías, los increpó diciendo: *Apártate, Satanás, porque está escrito: adorarás al Señor tu Dios y al Él solo servirás*¹³⁶.

37.3. Así sedujeron a los paganos. Así, en efecto, entre ellos fueron considerados dioses, aunque son mentirosos. Pero el Señor no permitió que nosotros fuéramos seducidos por el diablo, cuando reprimió a los que hacían tales fantasías diciendo: “Apártate, Satanás. Porque está escrito: al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás”.

37.5-10. De aquí que la pobre gentilidad, ignorante de la prohibición del Señor, creyó falsamente que los demonios eran dioses. Pero que los pueblos cristianos fueran cautivados por estos engaños no lo permitió el Señor, el cual rechaza en el Evangelio al diablo que audazmente se arrogaba el principado de todas las cosas, diciendo: “Atrás, Satanás, pues está escrito: adorarás al Señor tu Dios y solo a Él servirás”.

37.4. Por tanto, debemos despreciar más y más a este astuto; porque lo que el Señor ha dicho, lo ha hecho por nosotros, para que los demonios, al oírnoslo decir, sean rechazados gracias al Señor que con estas mismas palabras los ha amenazado.

135 Cf. Mt 4,9.

136 Mt 4,10; cf. Dt 6,13.

37.4. Tanto más, por tanto, debemos despreciar a este ser astuto y muy malvado. Puesto que lo que el Señor ha dicho, por nosotros lo hizo, para que también los demonios, oyendo de nosotros estas palabras, retrocedan por causa del Señor que los ha reprimido con estas palabras.

37.11-13. También a nosotros nos ha sido concedida la licencia de estas palabras, porque para esto dijo tales cosas, para que la semejanza de las tentaciones fuera despedazada por las palabras de nuestro Creador.

Expulsar a los demonios es un don del Señor

La expulsión de los demonios es una gracia que Dios concede a quien Él quiere. Por tanto, debe evitarse el orgullo, pensando que somos nosotros mismos quienes realizamos acciones de esa naturaleza.

Al monje le corresponde mantenerse en su santo propósito, y orar continuamente para recibir el carisma del discernimiento de espíritus.

38.1. No conviene, sin embargo, gloriarse de expulsar demonios ni enorgullecerse de hacer curaciones; ni admirar solo al que arroja demonios, ni despreciar al que no los expulsa¹³⁷.

38.1. No conviene, sin embargo, gloriarse ni ensalzarse cuando expulsen demonios o hagan curaciones, ni conviene admirar al que expulsa a los demonios, y en cambio tener por nada al que no expulsa demonios.

137 “No se debe pasar por alto un aspecto, de poco relieve al inicio de este párrafo (38), que se irá tornando cada vez más notable, culminando al final del párrafo 40 y al inicio del 41: la presencia de san Pablo en el pensamiento de Atanasio. El problema del *gloriari* (*kaychasthai*) se le presenta a Pablo varias veces, bien como un problema general de los cristianos (en la *Primera epístola a los Corintios*), bien como un problema personal, en el momento de narrar la propia versión del tercer cielo; el Apóstol duda, al igual que Antonio (2 Co 12,1 ss.), de quien obviamente por muchos aspectos es un arquetipo, hasta en las persecuciones del demonio que lo abofetea (*kolaphizei*; 2 Co 12,7). Esta suerte de asimilación con el Apóstol será puesta de relieve por el mismo Atanasio” (Vita, p. 225, 1).

38.1-3. Queridísimos míos, les advierto también que se preocupen más por la vida que por los signos milagrosos. Al hacerlos, que ninguno de ustedes se agrande con la soberbia o desprecie a los que no pueden hacerlos.

38.2. En cambio, se ha de observar la ascesis de cada uno e imitar y emular o corregir. Puesto que hacer milagros no es obra nuestra, sino del Salvador.

38.2. Hay que considerar el trabajo deífico de cada uno, e impulsados por el (buen) celo imitarlos o corregirlos para poder emularlos. Porque hacer milagros¹³⁸ no es una obra nuestra, sino del Salvador.

38.4-6. Examinen más el modo de vida de cada uno: en él conviene que imiten las cosas que son perfectas y que completen las que faltan. Pues hacer signos no es propio de nuestra pequeñez sino del poder del Señor.

38.3. Él decía, en efecto, a sus discípulos: No se alegren de que los demonios se les sometan, sino de que los nombres de ustedes estén escritos en los cielos¹³⁹. El que estén escritos los nombres en el cielo es testimonio de nuestra virtud y de nuestra vida; pero expulsar demonios es una gracia que el Salvador ha dado.

38.3. Pues también decía a los discípulos: “No se alegren de que los demonios les estén sometidos, sino porque sus nombres estén escritos en los cielos”. Puesto que sus nombres estén escritos es testimonio de nuestra virtud deífica y de nuestra vida.

38.7-10. Él, en el Evangelio, dice a los discípulos que se enorgullecen: “No se alegren porque se les han sometido demonios, sino porque los nombres de ustedes están escritos en los cielos”. En efecto, la inscripción de los nombres en el Libro de la Vida es testimonio de virtud y de mérito, pero la expulsión de Satanás es generosidad del Salvador.

138 *Signa facere*: cf. Mt 12,38; 16,1 (Vita, p. 225, 6).

139 Lc 10,20.

38.4. Por eso a los que no se gloriaban de la virtud sino de los milagros, y decían: *¿No expulsamos demonios en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchos milagros?*¹⁴⁰, **Él les respondió:** *En verdad les digo, no los conozco*¹⁴¹.

38.4. Por donde, a esos que no se glorían en la virtud deífica, sino en los milagros, diciendo: “¿Acaso no expulsamos a los demonios en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchos prodigios?”, les respondió el Señor diciendo: “En verdad, en verdad les digo, no los conozco”.

38.11-14. De aquí que, a estos que no se alegraban en los trabajos de la vida sino en los prodigios diciendo: “¿Acaso no expulsamos demonios en tu nombre e hicimos muchos milagros en tu nombre?”, responde el Señor: “En verdad, en verdad les digo, no los conozco”.

38.5. El Señor no conoce los caminos de los impíos¹⁴². Como he dicho antes, es necesario orar continuamente para recibir el carisma del discernimiento de espíritus¹⁴³, para que, como está escrito, *no nos fíemos de cualquier espíritu*¹⁴⁴.

38.5. El Señor, en efecto, no conoce los caminos de los impíos. En resumen, como dijimos antes, es necesario orar para que recibamos la gracia del discernimiento de espíritus; para que, como está escrito, no creamos a cualquier espíritu.

38.14-17. En efecto, el Señor no conoce los caminos de los impíos. Entonces pidamos esto principalmente, que merezcamos recibir el don de discernir los espíritus, para que según la palabra de las Escrituras no creamos a todo espíritu.

140 Mt 7,22.

141 Mt 7,23 y 25,12.

142 Cf. Sal 1,6; Pr 4,19; 15,9; Jr 12,1.

143 Cf. 1 Co 12,10.

144 1 Jn 4,1.

Antonio relata su experiencia personal en la lucha contra los demonios

Antonio habla a partir de su propia experiencia a fin de ayudar a otros, y lo hace “por amor”.

Innumerables son las artimañas y las trampas del Maligno, y la mejor forma de enfrentarlo, sobre todo cuando quiere que caigamos en la vanagloria, es glorificar al Señor: Él es quien vence y castiga al Adversario.

39.1. Querría callar y no decir nada sobre mí mismo, porque bastaba solo con estas palabras. Pero para que no piensen que simplemente he hablado¹⁴⁵, sino para que crean que las cuento por experiencia y de verdad, por eso, aunque parezca un insensato¹⁴⁶, pero el Señor que escucha sabe que mi conciencia es pura¹⁴⁷, y que no hablo en beneficio propio¹⁴⁸, sino por amor a ustedes y para exhortarlos, hablaré además sobre las acciones de los demonios que he visto.

39.1. Quería ciertamente callar y nada decir sobre mí, considerando suficientes las cosas que ya se han dicho. Pero para que no piensen que hablé ingenuamente, y crean que son verdaderas estas experiencias que les conté, por eso hablaré, aunque parezca necio, sin embargo, el Señor que oye, conoce en esto la pureza de mi espíritu, puesto que no por mí hablo, sino a causa del amor hacia ustedes, para provocarlos al bien.

39.2a. Por tanto, les diré cuáles son las inclinaciones (o: acciones) de los demonios.

39.1-6. Ya habría querido, ciertamente, terminar el discurso y cubrir con el silencio cualquier cosa que hubiese sucedido a mi pequeñez. Pero para que no piensen que he recordado en vano hechos que no podrían acontecer, por esto –aunque me vuelva insensato, el Señor, que es el inspector de la mente secreta,

145 O: que me he limitado a hablar.

146 Cf. 2 Co 11,16; 12,6. 11.

147 Cf. 1 Tm 3,9; 2 Tm 1,3.

148 Lit.: por mí mismo.

sabe que hago esto no por jactancia, sino por progreso de ustedes– traeré a cuento unos pocos de entre muchos.

39.2. ¡Cuántas veces me han llamado bienaventurado, y yo les he maldecido en el nombre del Señor! ¡Cuántas veces me han anunciado las crecidas del río, y yo les decía: “¿Y a ustedes qué les importa?”!

39.2b. Cuántas veces me llamaron bienaventurado, pero yo en el nombre del Señor los maldije. Cuántas veces me predijeron sobre las aguas del río, y yo les decía: “¿Qué les importa a ustedes?”.

39.6-9. ¡Cuántas veces intentaron arrastrarme con excesivas alabanzas, cuando recibieron de mí maldiciones en el nombre del Señor! ¡Cuántas veces predijeron las crecidas del Nilo que vendrían, cuando oyeron de mí: “¿Y por qué les preocupa esto?”!

39.3. Vinieron amenazando y me rodearon como soldados con armas. Muchas veces llenaban la casa de caballos, de bestias y serpientes, y yo salmodiaba: *Unos en sus carros y otros en sus caballos, pero nosotros seremos exaltados en el nombre del Señor, Dios nuestro*¹⁴⁹, y con estas oraciones los demonios fueron expulsados por el Señor.

39.3. Vinieron amenazadores y me rodearon como soldados armados, y algunas veces con caballos; y de nuevo llenaron la casa con animales salvajes y reptiles; y yo salmodiaba: “Estos se glorían en los carros, y estos en los caballos, nosotros, en cambio, en el nombre del Señor”; y con las oraciones fueron rechazados por el Señor.

39.9-14. ¡Cuántas veces, amenazantes como soldados armados, me rodearon de escorpiones, caballos, bestias y serpientes varias, y llenaron la casa en la que estaba, cuando yo contra esto cantaba: “Estos serán engrandecidos en carros, estos en caballos, mas nosotros seremos engrandecidos en el nombre del Señor nuestro Dios!”. Y enseguida eran puestos en fuga por la misericordia de Cristo.

149 Sal 19 (20),8.

39.4. Vinieron alguna vez en la tiniebla trayendo luces¹⁵⁰, y decían: “Venimos a iluminarte, Antonio”, pero yo cerraba los ojos y oraba, y al momento la luz de los impíos se apagaba.

39.4. Vinieron alguna vez en las tinieblas, teniendo fantasías de luz, y decían: “Venimos a alumbrarte, Antonio”, y yo cerrando los ojos oraba, y de inmediato se extinguía la luz de los impíos.

39.14-17. Y en cierta ocasión vinieron con una enorme luz y dijeron: “Venimos, Antonio, a ofrecerte nuestro fulgor”. Yo, con los ojos cerrados porque despreciaba mirar la luz del diablo, oraba y la luz de los impíos se extinguía más pronto que el rezo.

39.5. Unos meses después volvieron a presentarse, como salmodiando y hablando de las Escrituras¹⁵¹, pero yo, como un sordo no oía¹⁵². Otra vez hicieron temblar el monasterio, pero yo oraba para permanecer inmóvil¹⁵³ en mi espíritu.

39.5. Vinieron después de cuatro meses salmodiando y hablando sobre las Escrituras. “Pero yo como un sordo no oía”. Alguna vez sacudieron la casa. Mas yo rezaba para que mi espíritu no se conmoviera.

39.17-19. Después de unos pocos meses, al cantar ellos salmos frente a mí y conversar entre sí sobre las Escrituras, como un sordo no oía.

39.6. Tras esto, vinieron de nuevo batiendo palmas, silbando y danzando. Como yo oraba, yacía por tierra y salmodiaba para mí mismo, ellos en seguida comenzaron a lamentarse y a llorar como si hubieran perdido su fuerza.

150 Lit.: fantasía de luz.

151 Cf. Mt 4,6; los demonios citan las Escrituras, al igual que lo hizo Satanás para tentar a Cristo (SCh 400, p. 243, nota 1).

152 Sal 37 (38),14.

153 O: inmutable (*akinetos*); cf. 1 Co 15,58: incommovibles (*ametakinetoí*).

39.6. Y después de esto, de nuevo vinieron como aplaudiendo con las manos, silbando y saltando, pero me puse a orar, me postré por tierra y salmodié, y en seguida comenzaron a llorar y a lamentarse como si hubieran sido vencidos.

39.19-22. *Alguna vez sacudieron el monasterio, y yo con mente inalterable rogaba al Señor. Frecuentemente introdujeron ruidos, bailes, silbidos, y cuando yo salmodiaba se convertía su sonido en voces de lamento.*

39.7. Yo daba gloria al Señor que destruyó y castigó ejemplarmente su audacia y furor.

39.7. Entonces yo glorifiqué al Señor que destruyó y castigó¹⁵⁴ su audacia y su furor.

Rechazamos a los demonios gracias al auxilio de Cristo

Ante cualquier situación en que el Adversario quiera hacernos caer, siempre invocar el nombre de Cristo, “sin desanimarse en la ascesis”, no temiendo las fantasías que los demonios quieran suscitar en nosotros.

40.1. En cierta ocasión, se me apareció un demonio que parecía muy alto, y dijo audazmente: “Yo soy el poder de Dios”¹⁵⁵, y: “Yo soy la Providencia, ¿qué quieres que te conceda?”.

40.1. En una ocasión se apareció un demonio muy alto, y se atrevió a decirme: “Yo soy el poder de Dios. ¿Qué quieres que te dé?”.

154 O: puso en la picota; el verbo *nundino*, significa traficar, comprar; pero a partir del siglo IV adquiere el significado que le da nuestro texto; cf. Vita, p. 226, 29.

155 Cf. Hch 8,10.

40.1-3. *¿Creen, hijitos, lo que estoy por decir? Una vez vi al diablo, de cuerpo enorme, que se atrevió a afirmar que era el poder y la providencia de Dios y me dijo: “¿Qué quieres que te sea concedido por mí, Antonio?”.*

40.2. Pero yo soplé con fuerza sobre él¹⁵⁶ invocando el nombre de Cristo e intenté atacarlo, y me pareció que lo golpeaba. En seguida el gigante desapareció junto con todos sus demonios en el nombre de Cristo.

40.2. Pero yo le soplé, nombrando a Cristo, y fui a golpearlo, y me pareció golpearlo, y de inmediato aquel enorme ser desapareció con todos sus demonios en el nombre de Cristo.

40.3-6. *Pero yo, escupiendo una y otra vez contra su boca, me lancé todo contra él, armado con el nombre de Cristo, y al instante él, de elevada figura, desapareció en medio de mis manos.*

40.3. En otra ocasión, mientras practicaba el ayuno, el Astuto vino bajo el aspecto de un monje. Traía la imagen de un pan, y comenzó a aconsejarme, diciendo: “Come, y abandona todos estos esfuerzos. Eres un hombre, y tú caerás enfermo”.

40.3. Vino otra vez, mientras ayunaba, ese mismo Astuto, como un monje, teniendo la imagen de un pan, y empezó como a darme consejos diciendo: “Come, y abandona todos estos trabajos. Porque tú eres un hombre, y te enfermarás”.

40.6-10. *También se me apareció cuando ayunaba, como un monje, y ofreciendo panes me persuadía con estas palabras para que me alimentara y complaciera con algo a este cuerpecito: “Por un lado, tú eres hombre; por otro,*

156 El rito de insuflar sobre el diablo lo encontramos ya en la *Tradición apostólica*: “Concluido el exorcismo, echará aliento sobre su rostro...” (n. 20). Soplar sobre alguien o sobre alguna cosa era un signo de desprecio y/o de burla contra una autoridad que no se quería aceptar. Al utilizarlo con los catecúmenos, la Iglesia se burlaba del diablo, destronándolo, expulsándolo y desposeyéndolo de un dominio para entregarlo a Cristo. Así, san Agustín dice: “Los niños, antes de ser bautizados, son insuflados durante los exorcismos; y estas insuflaciones se hacen sobre imágenes vivientes, no de un rey, sino de Dios. ¿Qué digo? Se sopla sobre el diablo, que por el contagio del pecado tiene al niño sujeto, para que, arrojado fuera, sea el niño trasladado a Cristo” (*Réplica a Juliano. Obra inacabada* 3,199; trad. en: https://www.augustinus.it/spagnolo/incompiuta_giuliano/index2.htm). Cf. Bernard Sesboüé, sj (Dir.), *Historia de los dogmas*, Salamanca, Secretario Trinitario, 1996, vol. II, pp. 161-162; Sch 400, p. 243, nota 3.

te envuelve la fragilidad humana. Que la fatiga descanse un poquito para que no ataque la enfermedad”.

40.4. Yo comprendí su engaño y me levanté a orar. Él no pudiendo soportarlo, se desvaneció y pareció salir por la puerta como humo¹⁵⁷. ¡Cuántas veces en el desierto me mostró la imagen del oro solo para que lo tocara y viera!

40.4. Yo comprendí sus astucias. Me levanté para orar, y aquel no tolerándolo abandonó, y me pareció salir por la puerta como humo. ¡Cuántas veces en el desierto me mostró fantasías de oro, para que tocara y viera!

40.10-14. Al momento reconocí el pálido rostro de la serpiente y, al refugiarme en las acostumbradas defensas de Cristo, se esfumó como se desliza el humo por una ventana. También me tendió frecuentemente un lazo de oro en el desierto, que me ofrecía para atraparme o por la vista o por el tacto.

40.5. Pero yo cantaba salmos, y él desaparecía. Muchas veces me golpeaban, y yo decía: Nada me separará del amor de Cristo¹⁵⁸, y tras mis palabras ellos se golpeaban.

40.5. Pero yo salmodiaba, y aquel se desvanecía. Cuántas veces me golpearon, pero yo decía: “Nada me separará del amor de Cristo”. Y después de esto tanto más se golpeaban unos a otros.

40.14-16. Al ser azotado –pues no niego que muchas veces fui golpeado por los demonios–, cantaba: “Ninguno me separará del amor de Cristo”, y al oír esta voz, se volván locos unos contra otros.

157 Cf. Sal 36 (37),20.

158 Rm 8,35. 39.

40.6. Pero no era yo quien los detenía y los reducía a la nada¹⁵⁹, sino el Señor diciendo: *Veía a Satanás caer como un relámpago*¹⁶⁰. Y yo, hijos, recordando las palabras del Apóstol, *me he puesto como ejemplo, para que aprendan*¹⁶¹ a no desanimarse en la ascesis y a no temer las fantasías del diablo y de sus demonios.

40.6. Pero no era yo quien los refrenaba, sino que era el Señor, que decía: “Veía a Satanás caer como un resplandor”. Yo, hijos, recordando el dicho del santo Apóstol, he transferido estas cosas a mí, para que en mi persona aprendan a no desfallecer en el esfuerzo deífico, y a no temer las fantasías del diablo ni las de los demonios.

40.16-21. Eran puestos en fuga no por mi autoridad sino por la de Dios, que dijo: “Vi a Satanás como un rayo que caía del cielo”. Entonces, hijitos, acordándome de lo dicho por el apóstol mostré estas cosas en mí, para que ni el terror de los demonios ni alguna debilidad disuelva el propósito de ustedes.

Satanás reconoce que ha sido vencido por los monjes

La presencia de los monjes en el desierto irrita y molesta enormemente a Satanás. Cristo lo ha vencido, y la simple mención de su nombre lo espanta, lo quema.

El yermo ya no pertenece al Maligno, y no es más un lugar de terror y espanto, gracias a la acción redentora de nuestro Salvador. Tema que tiene un llamativo precedente en un texto de Orígenes: “Si has entendido qué paz tiene el camino de la sabiduría, cuánto de gracia y cuánto de dulzura, no disimules, no seas negligente, sino emprende este camino y no te espante la soledad del

159 Cf. 2 Ts 2,8: *Y entonces se manifestará el Impío, a quien el Señor Jesús destruirá con el aliento de su boca y aniquilará (lit.: reducirá a la impotencia) con el resplandor (lit.: epiphaneia) de su venida*; notar en este texto, no señalado en las ediciones de la VA, la conjunción del aliento y del resplandor (manifestación) que matan y reducen a la impotencia al Impío.

160 Cf. Lc 10,18.

161 1 Co 4,6.

desierto... No te intimide, como hemos dicho, la soledad del desierto. En seguida vendrán también a tu encuentro los ángeles...”¹⁶².

41.1. Y porque hablando me hecho como un necio¹⁶³, escuchen también esto para que no teman. Créanme, yo no miento. Una vez alguien llamó a la puerta de mi monasterio, y al salir vi a uno que parecía grande y alto.

41.1. Y puesto que contando me he hecho como necio, reciban también esto que estoy por decir, para que en adelante no teman, y crean. Porque no miento. En una ocasión, en el desierto donde estaba, (oí) golpear a la puerta de la celda, salí, y vi a un hombre que aparecía grande y alto.

41.1-5. Pero puesto que recordando muchas cosas para provecho de ustedes me he vuelto insensato, también deseo compartirles el conocimiento de este hecho, y no dude ninguno de los oyentes de que es verdadero. Cierta vez golpeó la puerta del monasterio. Al salir, vi a un hombre elevado, de enorme estatura.

41.2. Cuando le pregunté: “¿Quién eres?”, me respondió: “Yo soy Satanás”; luego le dije: “¿Por qué has venido aquí?”, y él dijo: “¿Por qué me acusan sin motivo los monjes y los otros cristianos? ¿Por qué me maldicen en todo momento?”.

41.2. Después que le pregunté: “¿Quién eres tú?”, respondió: “Yo soy Satanás”. Y después de esto le dije: “¿Por qué, entonces, has venido aquí?”, y aquel dijo: “¿Por qué los monjes y otros cristianos presentan quejas vanas sobre mí? ¿Por qué me maldicen en todo momento?”.

41.5-8. Cuando le pregunté quién era, dijo: “Yo soy Satanás”. Y yo: “¿Entonces qué buscas aquí?”, dije. Respondió: “¿Por qué los monjes me acusan sin causa? ¿Por qué todos los pueblos cristianos me maldicen?”.

162 *Homilias sobre el libro de los Números* 17,4,9; SCh 442, Paris, Eds. du Cerf, 1999, p. 298.

163 Cf. 2 Co 11,16; 12,6. 11.

41.3. Y yo le dije: “¿Por qué los molestas?”; él dijo: “No soy yo, sino ellos mismos los que se turban a sí mismos; yo me he hecho débil. ¿O no han leído que *las espadas del enemigo se han terminado para siempre, y tú has destruido sus ciudades?*”¹⁶⁴.

41.3. Y al decirle: “¿Por qué los molestas?”, él dijo: “No soy yo, sino que ellos (mismos) se turban. Yo me he tornado débil. ¿O no leyeron lo que está escrito: ‘Las espadas del enemigo se terminaron para siempre y destruiste sus ciudades’?”.

41.8-12. Y yo: “Con justicia lo hacen: pues son perturbados frecuentemente por tus insidias”. Pero él dijo: “Yo no hago nada, sino que ellos mismos se alborotan entre sí, pues yo me he vuelto miserable. Te suplico, ¿no han leído que los enemigos desfallecieron en el extremo de la espada y destruiste sus ciudades?”.

41.4. Ya no tengo lugar, ni flechas, ni ciudad. Por todas partes hay cristianos; el desierto entero está lleno de monjes. Que se guarden a sí mismos, y no me maldigan sin motivo.

41.4. “Ya no tengo un lugar, ni flechas, ni una ciudad. Por todas partes hay cristianos, y los lugares desiertos están llenos de monjes. Ellos se cuidan (a sí mismos), y que no me maldigan sin motivo”.

41.12-16. “Mira, ya no tengo ningún lugar, no poseo ninguna ciudad, ya no me queda ningún arma. Por todos los pueblos y todas las provincias resuena el nombre de Cristo, las soledades mismas son colmadas por coros de monjes. Por favor, que se ocupen de sí mismos y no me hieran sin causa”.

41.5. Entonces yo admiré la gracia del Señor y le dije: “Aunque siempre mientes¹⁶⁵ y en tus palabras nunca hay verdad, sin embargo, esta vez, sin quererlo, has dicho la verdad, puesto que Cristo, con su venida, te ha hecho débil y, arrojándote a tierra, te ha desarmado”.

164 Sal 9,7 (LXX).

165 Cf. Jn 8,44.

41.5. Entonces yo admiré la gracia de Cristo y le dije: “Aunque eres un mentiroso y nunca has dicho la verdad, (esta vez) has dicho la verdad. Porque al venir Cristo te ha hecho débil, te ha echado por tierra y te ha despojado”.

41.16-20. Entonces yo, admirando con alegría la gracia del Señor, le hablé así: “No atribuyo la frase de recién a tu verdad pues, ya que eres la cabeza del engaño, fuiste obligado a confesar esto sin mentiras. En efecto, Jesús verdaderamente mina tus fuerzas desde el fondo y, despojado del honor angelical, te revuelcas en la suciedad”.

41.6. Y aquel al oír el nombre del Salvador y no soportando la quemadura (que le producía) ese nombre, desapareció.

41.6. Al oír el nombre del Salvador no soportó la quemadura (causada) por ese mismo nombre, y en seguida desapareció.

41.20-21. Apenas terminé de hablar, él fue borrado por la mención del sublime Salvador.

Los demonios emprenden la retirada cuando comprueban que no les tememos

La actitud que Antonio recomienda mantener frente al diablo es la de desprecio, conociendo su debilidad. Y consecuentemente no dejarse abatir ni atemorizar por él. El Señor está siempre con nosotros. Por el contrario, si nuestros pensamientos le están expuestos porque nos encontramos inquietos o acobardados, le damos ocasión para que nos atormente.

Las disposiciones de nuestro ánimo, a imitación de aquellas que mostraba Job, deben ser las siguientes:

1. alegría en el Señor;
2. mantener el pensamiento en los bienes futuros;
3. meditar en las realidades divinas;

4. reflexionar en la Providencia del Señor;
 5. creer con firmeza que el demonio no tiene poder alguno.
-

42.1. Si hasta el diablo mismo ha confesado que nada puede, debemos despreciarlo totalmente, a él y a sus demonios. El enemigo, junto con sus perros¹⁶⁶, tiene esas astucias. Pero nosotros, conociendo su debilidad, podemos despreciarlos.

42.1. Si el diablo mismo ha confesado no tener poder, debemos despreciarlo absolutamente a él y a sus demonios. El enemigo, con sus perros, tiene tales astucias. Pero nosotros, conociendo sus debilidades, podemos despreciarlos.

42.1-3. Entonces, hijitos, ¿qué duda puede subsistir ya? ¿Qué inquietud quedará de ahora en más? ¿Quién de ellos nos podría arrastrar en un torbellino? ¡Esté segura el alma de cada uno!

42.2. No nos desalentemos, no pongamos mediante el pensamiento agitación en nuestra alma, ni formemos temores diciendo: “Quizá el demonio vendrá a abatirme, quizá me levantará y me arrojará contra el suelo, o apareciendo de improviso me turbará”.

42.2. Y, así las cosas, no nos desalentemos, ni pensemos con turbación en nuestra alma (lit.: ni pensemos en nuestra alma la turbación), ni nos formemos temores, diciendo: “Quizá venga el demonio me abata, me levante y me estrelle contra el suelo; y, apareciendo de improviso, me turbará”.

42.3. No debemos tener tales pensamientos ni entristecernos como si fuéramos a morir; más bien confiemos y estemos siempre alegres (pensando) que estamos salvados¹⁶⁷.

166 En el ámbito egipcio y copto se solían representar ciertos demonios como perros o con cabezas de perros (cf. SCh 400, p. 249, nota 1).

167 Lit.: como salvados.

42.3. Y nada absolutamente debemos pensar así, ni entristecemos como si fuéramos a morir, sino más bien tengamos confianza y alegrémonos siempre como si hubiéramos llegado a la salvación.

42.3-5. ¡Que el pensamiento no se represente vanos peligros! ¡Nadie tema que, sometido por el diablo, pueda ser arrojado a precipicios! ¡Apártese toda preocupación!

42.4. Y pensemos en nuestra alma que está con nosotros el Señor¹⁶⁸, que los ha puesto en fuga y les ha quitado su fuerza¹⁶⁹. Consideremos y reflexionemos siempre que, estando el Señor con nosotros, los enemigos no nos harán nada.

42.4. Y pensemos en nuestra alma que el Señor está con nosotros, que los ha vencido y los ha dejado sin fuerza. Y de nuevo pensemos y tengamos en mente que, estando el Señor con nosotros, los enemigos nada (pueden) hacernos.

42.5-9. Pues el Señor que derribó a nuestros enemigos permaneciendo en nosotros, como prometió¹⁷⁰, nos protegió de las variadas incursiones de Satanás. Miren, el mismo diablo que practica esta clase de artimañas con sus secuaces confiesa que nada puede contra los cristianos.

42.5. Porque cuando vienen, tal como nos encuentran, así también actúan contra nosotros, y crean fantasías de un tipo o de otro a semejanza de los pensamientos que encuentran en nosotros.

42.5. Puesto que, cuando ellos vienen, tal como nos encuentran, así obran contra nosotros; y según los deseos que encuentran en nosotros, así también ellos mismos forman en nosotros sus fantasías.

42.9-11. Ya preocupa a los monjes no ofrecer, por su inacción, fuerzas a los demonios; pues, así como nos encuentran a nosotros y nuestros pensamientos, así suelen presentarse ante nosotros.

168 Cf. Mt 1,23; Rm 8,31.

169 Cf. 1 Co 2,6.

170 Cf. Jn 14,20.

42.6. Entonces, si nos encuentran acobardados e inquietos, de inmediato como ladrones que encuentran el lugar abandonado, nos atacan y acrecientan los pensamientos que ya teníamos. Si nos ven temerosos y pusilánimes, aumentan nuestro temor con fantasías y amenazas, y así el alma desdichada es atormentada por éstas.

42.6. Si nos encuentran pusilánimes y turbados, en seguida, como ladrones que encuentran nuestro lugar sin custodia -porque los movimientos del alma aparecen en el rostro-, de inmediato nos asaltan y añaden cosas peores, haciendo que, sobre el temor, se agreguen sus fantasías y mucha confusión.

42.7a. Entonces la mísera alma en este estado padece suplicios.

42.11-14. Y, si encuentran en el pecho algún germen de mala intención y de pavor, como ladrones que ocupan lugares abandonados, aumentan los temores surgidos y acechando cruelmente castigan al alma desgraciada.

42.7. Pero si nos encuentran alegres en el Señor y pensando en los bienes futuros¹⁷¹ y meditando las cosas del Señor¹⁷² y reflexionando que todo está en la mano del Señor¹⁷³ y que el demonio no tiene ningún poder contra el cristiano, y que no tiene absolutamente ningún poder contra nadie, ven el alma fortalecida en estos pensamientos y se retiran avergonzados.

42.7b. Pero si nos encuentran alegres en el Señor¹⁷⁴ y pensando en los bienes futuros, y teniendo en la mente las cosas del Señor, y considerando que todas las cosas son del Señor y están en sus manos, y que el demonio nada puede contra los cristianos, y no tiene absolutamente ninguna potestad contra alguien, si nos ven munidos con todas estas actitudes, y que el alma está establecida en tales pensamientos, se retiran confundidos.

42.14-18. Pero si estamos alegres en el Señor y nos anima el deseo de los bienes futuros, si siempre encomendamos todo a las manos de Dios, ninguno de

171 Cf. Hb 10,1.

172 Cf. 1 Co 7,32.

173 Cf. Dt 33,3; Sal 30 (31),6; 94 (95),4; Lc 23,46.

174 Cf. Flp 4,4.

los demonios podrá acercarse para apoderarse de nosotros. Y más, cuando vean nuestros corazones fortificados en Cristo, se volverán confundidos.

42.8. Así el Enemigo viendo a Job bien fortalecido, se alejó de él; pero encontrado a Judas desprovisto de estas armas, lo redujo a cautiverio. Por esto, si queremos despreciar al enemigo, pensemos siempre las cosas del Señor¹⁷⁵, y el alma goce siempre en la esperanza¹⁷⁶. Y veremos que los juegos de los demonios son como el humo, y huirán de nosotros más que perseguirnos. Como ya he dicho, (los demonios) son muy cobardes, temiendo siempre el fuego preparado para ellos¹⁷⁷.

42.8. Encontrando así armado a Job, se alejó de él; en cambio, condujo cautivo a Judas que estaba privado de estas defensas. Por tanto, si queremos menospreciar al enemigo, pensemos siempre en las cosas del Señor, que nuestro ánimo siempre goce en la esperanza; y veremos los juegos de los demonios desaparecer como el humo¹⁷⁸, en tanto que ellos huyen y dejan de perseguirnos. Porque, como dije antes, son muy cobardes, esperando siempre el fuego preparado para ellos.

42.18-25. Así el diablo huyó del fortalecido Job y ató al desgraciadísimo Judas, despojado de la fe, con las cadenas del cautiverio. Así pues, una sola es la manera de vencer al enemigo: la alegría espiritual¹⁷⁹ y el constante recuerdo del alma que siempre piensa en el Señor, la cual, rechazando los juegos de los demonios como humo, perseguirá a los adversarios más que temerlos. En efecto, Satanás no es ignorante de los fuegos futuros y conoce los abundantes incendios de la sofocante Gehenna.

Conclusión de las enseñanzas de abba Antonio

175 Cf. 1 Co 7,32.

176 Cf. Rm 12,12.

177 Cf. Mt 25,41.

178 Lit.: pierden fuerza como el humo.

179 Cf. 1 Ts 1,6: *cum gaudio Spiritus Sancti* (Vulgata).

La mejor forma de proceder ante las fantasías suscitadas por el Enemigo es:

- a) no ceder al temor;
- b) interrogarlo.

El método de interrogar o poner a prueba mediante el discernimiento propio o de otro a quien se aparece lo hallamos ya en Orígenes¹⁸⁰ y luego en algunos textos del monacato primitivo¹⁸¹. En el presente párrafo se ilustra mediante dos ejemplos bíblicos.

El primero es tomado del libro de Josué, en donde la respuesta que se le da termina de una manera abrupta, pero sin duda se trata de una teofanía.

El segundo, alude al caso de Daniel, en la así llamada historia de Susana; el joven descubre el crimen de los ancianos, inspirados por el Maligno, gracias al hábil interrogatorio a que los somete a ambos.

180 *Homilias sobre el libro de los Números* 27,11.2: «El Señor apareció en la zarza y respondió a Moisés, y después se hizo realidad el comienzo de la aparición del Señor a los hijos de Israel. Pero no sin motivo también se traduce Sin por tentación, pues en las visiones suele darse también la tentación, ya que algunas veces el ángel de la iniquidad se transfigura en ángel de la luz. Y por eso hay que precaverse y actuar con prontitud, para discernir conscientemente la naturaleza de las visiones, como Jesús el de Navé, cuando contempló una visión, sabiendo que había en ello una tentación, en seguida preguntó a aquel que se le había aparecido, diciendo: “¿Eres nuestro, o de los enemigos?” (cf. Jos 5,13). Así pues, el alma que progresa, cuando llega a un estado en que empieza a tener discernimiento de visiones, se comprobará que es espiritual, si sabe discernirlo todo. Por eso, finalmente, entre los dones espirituales se menciona como uno de los dones del Espíritu Santo el discernimiento de los espíritus» (SCh 461, Paris, Eds. du Cerf, 2001, pp. 318 y 329).

181 Por ejemplo, en la *Primera vida griega de san Pacomio*: «En cierta ocasión, adentrándose a una gran distancia en el desierto, llegó a un pueblo deshabitado, llamado *Tabennesi*. Y para expresar su amor a Dios, oró. Como se demoraba en su oración, una voz le fue dirigida -aún no había tenido una visión, hasta ese día-, que le dijo: “Permanece aquí y construye un monasterio: muchos vendrán a ti para hacerse monjes”. Escuchadas estas palabras y habiendo juzgado, con pureza de corazón, según las Escrituras, que la voz era santa, retornó junto a su padre Palamón y le contó lo sucedido. Tuvo que desplegar una gran persuasión, pues Palamón estaba muy triste por causa de Pacomio, porque lo miraba como a su verdadero hijo. Después, fueron los dos a aquel lugar y construyeron una pequeña celda. Luego el santo anciano Palamón le dijo: “Puesto que creo que todo esto te viene de Dios, hagamos un pacto entre nosotros, de modo de no separarnos el uno del otro en el futuro, para visitarnos mutuamente, tú una vez y yo una vez”. Y así lo hicieron por todos los días que vivió el verdadero atleta de Cristo, Palamón» (§ 12; trad. en *Cuadernos Monásticos* n° 172 [2010], p. 94).

En cambio, las verdaderas manifestaciones del Señor o de sus santos, producen confianza y alegría.

Con estas enseñanzas se concluye la *exposición*, por así llamarla, de san Antonio, y se cierra la primera sección de la segunda parte de la *Vida*.

43.1. Para no tenerles miedo, tengan para ustedes esta prueba (o: este ejemplo). Cuando se produzca alguna fantasía, no se ha de ceder al temor, sino que con confianza primeramente se ha de preguntar: “¿Tú quién eres y de dónde vienes?”.

43.1. Por tanto, esto que estoy por decirles sea para ustedes como un ejemplo sobre ellos: cualquier fantasía que aparezca, quien la ve no caiga en el temor, sino que más bien con confianza primero la interrogue diciendo: “¿Quién eres tú y de dónde vienes?”.

43.1-3. Pero ya para cerrar mi discurso, recuerdo esto en el final: cuando alguna visión se les presente, pregunten con osadía quién es y de dónde viene.

43.2. Si es una visión de santos, te reconfortarán y convertirán tu miedo en alegría.

43.2. Porque si fuera un santo, o aparecieran los santos, darán satisfacción a tu pregunta respondiendo, y convertirán tu temor en alegría.

43.3-4. Y sin demora, si fuera una revelación de los santos, el temor se convertirá en gozo con el consuelo angelical.

43.3. En cambio, si es un ser diabólico, al momento se debilitará al ver un espíritu vigoroso. Porque ciertamente la pregunta: “¿Tú quién eres y de dónde vienes?”, es una demostración de un (espíritu) imperturbable¹⁸².

182 *Ataraxia*: impassibilidad, calma, tranquilidad, serenidad.

Así Josué, hijo de Navé, preguntando aprendió¹⁸³, y el enemigo no se ocultó a Daniel cuando le interrogó¹⁸⁴».

43.3. En cambio, si fuera una potencia diabólica, en seguida se debilitará viendo un ánimo que tiene confianza y vigor. Puesto que la pregunta: “¿Tú quién eres, y de dónde vienes?”, es signo de un ánimo no perturbado. Así, aprendió Josué de Navé preguntando; y el enemigo no permaneció oculto a Daniel mientras lo interrogaba».

43.4-8. Pero si se ha presentado una tentación del diablo, se desvanecerá con las indagaciones del alma fiel, porque el indicio más grande de tranquilidad es preguntar quién y de dónde es. Así, interrogando, el hijo de Nun reconoció a su auxiliador y por otra parte el enemigo no pudo ocultarse de Daniel que lo indagaba».

183 Cf. Jos 5,13-15.

184 Cf. Dn 13,44-62.